SS

SERVICIO SECRETO



LA MUERTE BAILA TWIST

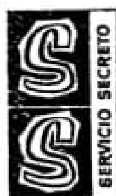
alf regaldie

LA MUERTE BAILA “TWIST”

ALF REGALDIE

LA MUERTE BAILA "TWIST"

Col. SERVICIO SECRETO n.º 696
Publicación semanal
Aparece los MIERCOLES



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BUENOS AIRES - BOGOTA

ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección BISONTE:
819 — Al margen de la ley.
En Colección SERVICIO SECRETO:
686 — La muerte me buscaba.
En Colección BUFALO:
522 — Una bala por cabeza.
En Colección SALVAJE TEXAS:
372 — Bribones enmascarados.
En Colección CALIFORNIA:
348 — ¡Hay que matar a Saxon!
En Colección COLORADO:
306 — Horas sangrientas.
En Colección KANSAS:
243 — Su final: soga o plomo.
En Colección BRAVO OESTE:
116 — El plomo selló la paz.
En Colección PUNTO ROJO:
58 — Melodía de muerte.

DEPOSITO LEGAL B 22.656 - 1963

PRINTED IN SPAIN - IMPRESO EN ESPAÑA

1.ª EDICIÓN - DICIEMBRE 1963

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1963

N. R. 4181/63



CAPÍTULO PRIMERO

Bing Harlan pensó que la rubia resultaba imponente.

A la vista, no cabía duda que era así.

La rubia estaba ya en el autobús cuando subió él, si bien no debía hacer mucho tiempo.

Se hallaba próxima a la entrada y se aferraba a uno de los tirantes sujetos al techo.

Bing no tuvo más remedio que darse cuenta de la presencia de ella cuando apenas si había tenido tiempo para subir.

El autobús había arrancado inmediatamente y los pasajeros fueron sacudidos a un lado y a otro al hacer el vehículo un viraje para adelantar a un turismo que se le había puesto delante.

La rubia, muy ceñida, ligera de ropa e impresionante de curvas, había hecho un movimiento que había atraído las miradas masculinas hacia sus redondeces, tanto las anteriores como las superiores.

Un viajero sintió que se le resecaba la boca y exclamó:

—¡Vaya «twist»!

El de la exclamación estaba cerca de ella y se desplazó ligeramente hacia atrás aprovechando el vaivén del vehículo.

La rubia, de un rubio casi plateado, logrado en peluquería, le miró fríamente como dándole a entender que no le gustaban los tipos que daban en pequeños como él.

Se engalló el de la exclamación, aupándose sobre las puntas de los pies. Pudo ser para tratar de aparecer tan alto como ella. Sus miradas buscaron el escote de la rubia, tratando de profundizar en él.

Pero ella se empinó ligeramente y desbarató el intento del individuo, que intentó disimular su fracaso con una mueca.

La rubia se volvió entonces para mirar a Bing, que había pagado su billete y se aproximaba a ella.

No dijo nada, pero tras hacer un gesto despectivo aludiendo con él al pequeño, parpadeó como deslumbrada al calibrar la corpulencia de Bing, corpulencia de atleta cuajado.

Lo miró desmayadamente, sonriendo de manera que resultaba prometedora.

A Bing se le ocurrió decir, aunque a media voz para que el otro no lo oyese:

—Los pequeños también tienen derecho a la vida.

La voz de la rubia sonó con inflexiones graves, de contralto:

—Me parece estupendo, pero debe buscar algo con lo que no necesite escalera.

Bing rio de buena gana, pero de manera discreta para no molestar al otro.

Parpadeó ella, como sorprendida por haber hecho gracia. Tenía los ojos claros, más que grandes, inmensos, cercados por pestañas espesas, largas y rizadas.

—Siga parpadeando. Hace calor y sus pestañas son como un gran ventilador...

—¿No cree que exagera? —preguntó la rubia mirándolo lánguida, dando media vuelta aprovechando un movimiento del coche.

Bing pudo asomarse sin esfuerzo alguno por el escote de la blusa, que ella ahuecó al moverse. El joven se sintió deslumbrado.

—Parece auténtico —murmuró el joven.

Sonrió la rubia volviendo a su expresión prometedora y preguntó de manera desconcertante:

—¿Decía usted algo?

En contradicción con su pregunta aprovechó otro vaivén del autobús para dejarse caer contra Bing.

No retrocedió el hombre, que pasó el brazo libre por el talle de la rubia,

advirtiendo:

—¡Cuidado! Sería una lástima que se estropease...

—Eso creo. Pero una encuentra siempre quien la cuide.

El pequeño, atento a la maniobra, respiró fuerte, envidió la suerte del atlético Bing y marchó hacia la portezuela de salida convencido de que no había nada que hacer cerca de la rubia.

Ella desprendió con una de sus manos el brazo de Bing, diciendo:

—Puede quedarse paralítico, muchacho...

Frenó el autobús de manera un tanto brusca y entonces fue Bing quien se incrustó casi entre las carnosidades de la rubia, a la cual se aferró un instante.

Le murmuró al oído:

—Si le dijera que lo siento, mentiría.

—Lo comprendo, muchacho. A mí me pasa igual.

Se había detenido el autobús en una de sus paradas. Algunos pasajeros se apresuraron a saltar a tierra; otros subieron.

Bing empujó a la rubia hacia la salida y ella cedió sin prisa, dejando que él entrase en contacto con ella.

Se detuvo al fin, lo volvió a mirar y preguntó:

—¿Haces esta ruta?

—Todos los días...

—No te he visto jamás. Yo también la hago. Vengo de trabajar —informó ella—. ¿Y tú?

—Yo voy a unas ocupaciones. Es una lástima que no nos hayamos encontrado nunca.

—Dicen que nunca es tarde. Y no somos viejos del todo —bromeó ella.

—¿Qué haces?

—Modas.

—¿Modelo? —preguntó él.

—Nada de eso. Dicen que tengo demasiado de todo...

—No saben lo que dicen. Tienes lo justo para que uno se vuelva loco.

—«Okey». Pero la elegancia es anémica —respondió la rubia sonriendo de manera un tanto despectiva para la «elegancia».

Jugó a despegarse de él caminando hacia la salida para luego dejarse alcanzar.

Al fin suspiró ella y anunció:

—La mía es la próxima.

—Y la mía también —respondió él.

—No quisiera que por mí dejases tus «ocupaciones»... —expresó la rubia de manera intencionada.

—No te preocupes. Pueden esperar...

Sopló la rubia, haciéndolo en dirección al rostro de Bing, diciendo luego:

—Ha hecho calor hoy, ¿no?

—Sigue haciendo calor; pero con tus ventilaciones na hay cuidado.

La rubia, que se había escurrido un tanto, volvió a dejarse caer sobre Bing, quien comprobó una vez más que no había nada postizo.

—Todo de la mejor calidad —murmuró muy cerca del oído de ella.

—No te debes fiar de las apariencias, muchacho —respondió ella.

Cuando se detuvo el autobús, fue ella la primera en saltar y echó a andar sin aguardarlo a él.

Por su parte Bing bajó normal, sin querer demostrar demasiada prisa ante otros pasajeros a los cuales conocía de vista, al encontrárselos casi cada día en el mismo autobús, a aquella hora.

Cuando echó tras ella, la rubia le había aventajado en más de diez metros.

Caminaba contoneándose, moviendo las caderas como quien sabe lo que lleva y el influjo que ejerce.

Bing por su parte fue acortando distancia, pero sin prisa. Resultaba un verdadero regalo para la vista contemplarla.

Ella dejó la bien iluminada avenida, muy frecuentada a aquella hora, adentrándose a poco en el barrio italiano en dirección al Bowery.

El calor quedaba paliado por la humedad que llegaba del East River.

La rubia, cuando advirtió que Bing le daba alcance, aceleró el paso dando la impresión de que le había entrado prisa repentinamente o de que estaba arrepentida de su forma de proceder en el autobús.

La alcanzó Bing, que la tomó del brazo sin que ella se resistiera. Por el contrario, pegó su cuerpo al del hombre, haciéndole sentir el contacto de sus espléndidas formas.

—¿Qué te sucede, rubia? —preguntó el joven.

—No debieras haberme seguido. Ya nos habríamos visto en otra ocasión, en el autobús…

—¿Es que te espera alguien…?

Ella hizo un gesto despectivo haciendo mención del miserable aspecto del barrio, de sus construcciones sórdidas casi, tan diferente de lo que no hacía mucho había quedado atrás.

—¿Por aquí…? ¿Gente de esta?

No respondió Bing y ella siguió:

—Bastante es que por el momento tengo que vivir aquí. Está la vieja aún, no puedo dejarla y tampoco puedo pagar un apartamento para las dos en un lugar mejor.

—No debes tener vergüenza de esto…

El joven aspiró el perfume que emanaba la rubia; la tenía tan turbadoramente cerca que en aquel momento no podía pensar que se trataba de un perfume demasiado caro para quien no puede pagar un apartamento mejor.

Bing siguió diciendo:

—Tu suerte puede cambiar de un momento a otro si yo me lo propongo...

—¿Eres un Creso de esos que viajan en autobús de incógnito? —preguntó ella en tonillo ligeramente burlón, pero dejando que él se acercase más.

—¿Qué te parece si me ayudas tres o cuatro horas, cenamos juntos y nos divertimos y además recibes un centenar de dólares semanales? La cena y la diversión pueden entrar en las tres o cuatro horas en que me ayudas.

—Creo que no está mal. Lo consultaré con la vieja, ¿qué te parece?

Habían entrado en una calle sórdida y mal iluminada. Un gato cruzó ante ellos como una centella dando un maullido salvaje.

La imponente rubia dio un respingo y se abrazó a Bing, que no se hizo de rogar para protegerla entre sus brazos estrechándola entre ellos.

Bromeó la rubia una vez hubo pasado el susto:

—¿Estás tomándome la medida del tórax?

—Estaba comprobando lo que había imaginado —respondió él sin soltarla.

—¿Qué es ello?

—Que estás hecha justo a mí medida, como si fueses de encargo.

Inició Bing una atrevida exploración por la zona del escote de la rubia, la cual dio un respingo.

—¡Cuidado, muchacho, con este calor...!

No terminó la frase. Sus ojos reflejaron terror; y cuando Bing se quiso volver intuyendo el peligro, sintió el contacto poco agradable de un arma a la altura de los riñones.

—Perdonen si molestamos —dijo un hombre con voz bronca.

La rubia se había desprendido rápidamente de Bing y atacó a uno de los hombres largando por delante su derecha, de aceradas uñas. Al propio tiempo abrió la boca para gritar.

El hombre al cual dirigió la rubia el ataque no se durmió, aferrando con una mano la muñeca derecha de ella mientras que abatía la otra contra su boca, evitando que pudiera gritar.

Una vez que la tuvo bien sujeta, gruñó el granuja:

—Cuidado, rubia, contigo no va nada pero si te pones tonta, te puede pesar...

Se recreó el hombre sujetando a la chica, que se debatió irritada.

El granuja dijo aún:

—Y sería una verdadera lástima porque tú eres lo que el médico me está recomendando siempre.

La zarandeó hasta obligarla a estarse quieta.

Y seguidamente advirtió:

—Te voy a permitir que respires. Si intentas gritar te cortaré el resuello para siempre, ¿entendido?

Tal como había anunciado apartó el hombre la mano de la boca y entonces dijo ella casi en un gruñido:

—Quítame las zarpas de encima, maldito cerdo. Prefiero dejar de resollar a sentirte tan cerca.

El hombre, sin responder, sacó una navaja automática, que abrió, colocando la punta de la acerada hoja en la garganta de la rubia, en contacto directo con la piel.

—Si yo quisiera harías ahora mismo lo que me diese la gana y te volverías loca por mí; pero no se trata de eso…

Bing advirtió los ojos de la rubia desorbitados por el terror y se dirigió a ella, diciéndole:

—Hazle caso al muchacho, rubia. Esto debe quedar entre nosotros.

Bing se había dado cuenta de que además del que le encañonaba a él y el que se había dedicado a la rubia, había otro hombre armado, dispuesto a actuar en donde hiciese falta su presencia.

El *gangster* de la navaja se dirigió a la rubia después de dedicarle una mirada a Bing:

—Hazle caso a él. Es un hombre como deben ser los hombres y te aconseja lo mejor…

El granuja ejerció una leve presión con la punta de la navaja sobre la piel de la garganta de la rubia, cuya cabeza no podía retirar al quedar apoyada contra la pared.

El hombre gruñó:

—Vas a largarte sin volver la vista atrás. No has visto nada, no sabes nada… ¿Enterada?

Apenas si pudo responder, afirmando con un simple monosílabo.

Retiró el hombre el cuchillo, dio un leve empujón a la rubia, siguiendo una palmada en una de sus nalgas.

—¡En marcha! ¡Y lo dicho!

Dirigió ella una mirada desolada a Bing, quien procuró tranquilizarla con el gesto. Y marchó la rubia caminando rápidamente para echar a correr al doblar la esquina más próxima.

CAPÍTULO II

El fulano de la navaja, una vez la rubia hubo desaparecido, se relamió como quien paladea una golosina y dijo en plan de comentario:

—Todos los días va y viene a las mismas horas, en el mismo autobús. Algún día la esperaré como amigo y me la llevaré por ahí a bailar un «twist».

El que había permanecido a la expectativa, que hacía las veces de jefe del grupo, respondió:

—Sobran mujeres por ahí a las que puedes buscar cuando puedas; pero a esa la vas a dejar tranquila, a menos que ella intente hacer algo que no deba. Puede que en ese caso sea yo quien se encargue de «molestarla»...

Lo dijo con significativa y nada tranquilizadora expresión.

Luego hizo un ademán con la cabeza y dijo:

—Vamos, muchachos. La reunión con Bing Harlan no está concertada aquí, sino en otro lugar más discreto. Ya sabéis lo que sucede en estos sitios. A la «poli» le puede dar por meter la nariz...

El pistolero que había mantenido encañonado a Bing, había permanecido silencioso y en aquella ocasión prosiguió con su mutismo, limitándose a aumentar la presión del arma para indicar que debía caminar, así como para señalarle la dirección.

A la vuelta de una esquina, la misma por dónde había desaparecido la rubia, aguardaba un «Dodge» negro, al volante del cual se hallaba un fulano. El chófer, como los otros tres, cubría parte del rostro con grandes gafas de color y sombreros cuyas alas delanteras caían sobre las frentes.

Al ver llegar a sus compinches se apresuró el chófer a abrir las portezuelas de ambos lados.

El que hacía de jefe fue el primero en tomar plaza en el coche, haciéndolo por la parte contraria a la que debía emplear Bing.

Este se sintió empujado por el de la pistola y quedó sentado de manera violenta junto al jefe, quien se encargó de asegurarse de que no llevaba arma alguna.

«El Silencioso», como mentalmente lo había bautizado Bing, tomó asiento frente a él, apuntando con la pistola en dirección al vientre del joven.

Bing dijo en tonillo burlón:

—Si tanto miedo me tienes, tira ya...

El jefe del grupo, conocido por Pat «el Irlandés», intervino para decir:

—Deja en paz a Tim. Tiene un carácter un poco raro y te puede soltar una rociada de balas antes de saber por qué lo hace.

—No lo hará. Si tuvierais que liquidarme, lo habríais hecho ya. Mi cadáver os serviría de estorbo y me necesitáis vivo.

Bing, al responder, no mostró nerviosismo alguno.

—El chico es listo, ¿no? —preguntó Pat al fulano del cuchillo, un pelirrojo pecoso llamado Mc Laglen, aunque era más conocido por «el Pecas».

El interrogado, que había tomado asiento junto al chófer, respondió sonriendo burlón:

—Muy listo. ¿No viste cómo se agarraba a la rubia? No tiene mal gusto, de verdad.

Molestó a Bing el matiz que había empleado el pistolero y le respondió:

—Si estás fastidiado porque a ella no le gustan los gorilas, aguántate, granuja.

Desapareció el gesto burlón del rostro de «el Pecas» que se dirigió a Pat para pedirle:

—Advierte al muchacho que cierre el pico si no quiere que le haga unos dibujos en la piel con mi «bisturí».

—Ya lo has oído, Harlan —observó Pat con expresión bondadosa.

—Déjalo ladrar y no te preocupes —dijo el joven Bing con desdeñosa expresión que no fue del agrado de «el Pecas», a pesar de lo cual se mantuvo silencioso.

Fueron cerradas las portezuelas del «Dodge». Pat ordenó al chófer, en tanto «el Pecas» terminaba de acomodarse:

—Adelante…

Arrancó el «Dodge» suavemente, silencioso, tomando la dirección de la Primera Avenida.

Bing se dirigió a Pat:

—Tengo mucho trabajo y tú lo sabes…

—No sé nada…

—Vamos a ahorrar tiempo —prosiguió Bing como si no hubiese oído la protesta del *gangster*—. Suelta lo que sea.

—No es cosa mía, Harlan. Y soy de los que no meten la nariz en lo que no les importa.

—Trataba de que no perdiésemos el tiempo. Y si de paso te podía hacer un favor, mejor que mejor.

—Eres muy generoso, Harlan, pero no me sirve —ironizó el *gangsters.*

—Procuro ayudar a la gente —respondió Bing no dándose por enterado de la ironía.

Miró atentamente al rostro de «el Irlandés», el cual ofrecía algunas huellas características en los pugilistas que han peleado bastante y dijo:

—No creo que estés en condiciones de que se te puedan dar peleas con guantes. Eso es cosa seria y…

Pat alargó a su vez el cuello y preguntó:

—¿Me has visto pelear alguna vez?

—No; pero está bien claro que has calzado guantes durante algunos años y que eras alérgico a las izquierdas de tus adversarios…

Señaló «el Pecas» en su rostro un gesto de asombro y admiración, se volvió en su asiento y preguntó a Pat:

—¿Qué te ha querido decir el fulano con eso de que eras alérgico?

Antes de que respondiese Pat, dijo Bing sin volverse:

—Eres demasiado bestia para entenderlo, «Pecas». Déjanos en paz y no metas la nariz en lo que no te importa.

Pat reprochó a su compinche sin darle tiempo a enfurecerse:

—En eso tiene razón Harlan. No debes meter la nariz en lo que no te incumbe. Con la rubia ya te propasaste más de la cuenta. Pero a fin de cuentas la chica lo merecía y lo toleré. Pero…

Dejó la frase en el aire.

Mc Laglen «el Pecas» volvió a su posición natural en el coche, escondió la cabeza entre los hombros y farfulló algunas frases amenazadoras.

Bing preguntó a Pat:

—¿No tienes nada que decir?

—Nada…

—Te puedo convertir en campeón de lucha libre de tu peso…

«El Irlandés» no respondió. Bing dijo a poco:

—Si se trata de subir a alguno de vuestros muchachos, si el chico vale, podemos llegar a entendernos. Puedo convencer a uno de los míos para que pierda y nos forraremos en las apuestas.

Pat, que había escuchado silencioso, respondió:

—Se trata de que gane alguno de los nuestros, está claro. Y si uno de los nuestros gana, perderá alguien lo que él gana. Y una vez que está la cosa clara, sé buen chico y cierra el pico. Me fastidia la gente que habla más de la cuenta.

Señaló Pat al individuo que mantenía encañonado a Bing y dijo aún:

—Me gusta trabajar con Tim porque el fulano es que no despliega los labios más que para comer. Hasta cuando fuma lo hace con la boca cerrada. Y muerde también sin necesidad de abrir la boca.

Miró para la pistola que esgrimía «el Silencioso», quien escuchaba el diálogo con gesto impasible.

Rodaron aún durante más de diez minutos. Abandonaron la Primera Avenida para pasar al Queens.

El del volante demostró en varias ocasiones que conocía bien el oficio evitando dos colisiones cuando iban lanzados, marchando en ocasiones a velocidades prohibitivas.

Al fin se detuvo el automóvil en una silenciosa calle del Queens, una calle en la que Bing había estado en más de una ocasión.

Un fulano de traza semejante a «el Silencioso», que se hallaba apoyado

contra el quicio de una puerta, arrojó al suelo la colilla del cigarrillo que estaba fumando y volvió luego la espalda al «Dodge» y a sus ocupantes.

Comprendió Bing que se trataba de una señal convenida con los que le habían apresado.

El primero en saltar a tierra fue «el Pecas», el cual abrió la portezuela para que descendiera Pat.

«El Silencioso» actuó según lo habitual en él, esgrimiendo la pistola para hacer comprender a Bing cómo debía moverse.

Con «el Silencioso» a los talones acariciándole los riñones con la pistola, penetró Bing en la casa que el pistolero le señaló.

Le había precedido «el Pecas» mientras que Pat se situó a retaguardia, también pistola en mano, dispuesto a darle gusto al dedo si Bing se ponía impertinente.

Bing conocía la casa en donde se metieron. Había estado en ella más de una vez cuando era amigo aún de Jack Logan. Jack Logan… Hacía algún tiempo que no sabía nada de él.

Recordó que Jack tenía una hermana, una chica preciosa que debía ser ya toda una mujer. Se llamaba Seilah y era una pelirroja que debía estar imponente»

Sin que se pareciera a la rubia, se la hizo recordar.

Siempre con «el Silencioso» a los talones, subieron las escaleras hasta llegar al segundo piso. Justo el piso en que vivía Jack.

Constaba la planta de cuatro apartamentos. Las cuatro puertas cerradas significaban la incógnita para Bing.

La incógnita quedó despejada pronto al ser abierta sin ruido, desde dentro, una puerta. Precisamente la del apartamento de Jack Logan.

Bing había escuchado ya antes de ser abierta la música de un movido «twist», producida por un tocadiscos.

Recordó a la rubia. Hubiera resultado un baile fenomenal con ella. ¿Para qué diablos lo llevaban allí? No podía imaginar a Jack Logan en plan de camaradería con unos *gangsters* aunque su vida había resultado siempre un tanto misteriosa.

«El Silencioso» empujó con la pistola y Bing entró. Cruzó una reducida pieza para pasar al *living*. No había nadie en él, al menos, a la vista.

Estaba el tocadiscos. La música era fuerte, retozona.

A pesar de la situación en que se hallaba, volvió a recordar a la rubia del autobús. Aunque en aquel momento no le hubiese disgustado tampoco enfrentarse con Seilah, la pelirroja y súper atractiva hermana de Jack.

«Twist», «twist», «twist»…

Frente a él se movió una cortina y recibió la impresión de que podía aparecer Seilah, aunque ella no vivía con su hermano.

Recibió un último empujón de la pistola de «el Silencioso», dejando de percibir al fin el molesto contacto.

Dio dos pasos en el interior del *living y* zumbó algo en el aire.

En el instante que percibió el zumbido recibió un choque en los músculos del cuello, ligeramente por detrás y debajo de la oreja.

Y Bing experimentó la sensación en aquel momento de que el mundo se derrumbaba sobre él, aunque no sintió el dolor.

Le pareció que el suelo salía a su encuentro. Chocó con él. No supo más en aquel instante porque había perdido el conocimiento.

⋆ ⋆ ⋆

Cuando Bing recobró el conocimiento no tenía idea del tiempo que había podido transcurrir.

El apartamento se hallaba en semipenumbra.

Al joven le pareció que todo giraba en torno a su persona en una especie de zarabanda infernal con música de «twist», que continuaba, tal vez más estrepitosa.

El plano del suelo, además de girar, cambiaba en su mente de inclinación.

Intentó aferrarse a un mueble para levantarse, pero el mueble giraba al mismo tiempo y no lo pudo alcanzar.

Recibió la sensación de que el techo se abombaba, de que los muebles bailaban también con la música infernal.

Giró, tratando de encontrar otro lugar firme en donde asirse y estuvo a punto de gritar horrorizado.

Cerca de él, inmóvil, con un cuchillo clavado, yacía un hombre, un hombre joven, bien vestido, un hombre que tenía bastante de familiar para la turbada mente de Bing.

La presencia del muerto cerca de él, tan cerca que le había llegado la sangre a una de sus manos, fue un choque emocional para Bing que se puso en pie de un salto sin necesidad de aferrarse a ningún lugar.

Se tambaleó una vez de pie y estuvo a punto de caer sobre el muerto, evitándolo por verdadero milagro.

E inmediatamente, a causa del choque emocional sufrido, dejó de girar todo; la música, sin dejar de sonar, pareció perder estridencia, y Bing experimentó que comenzaba a fluir por los poros de su piel un sudor frío, desagradable.

Logró pensar que si los muertos sudaran, sudarían precisamente de aquella manera.

Con el sudor percibió el contacto viscoso de la sangre en su mano derecha y dio un respingo.

Miró primero la mano derecha y luego la izquierda para asegurarse de que no tenía sangre.

Convencido de ello corrió hasta la única ventana y la cerró por completo.

Entonces corrió a dar más luz.

Antes de mirar al hombre que se hallaba tendido, ensangrentado, dio más luz y, siempre con la mano izquierda, paró la música del tocadiscos.

Era un tocadiscos automático en el que las piezas se hubiesen sucedido sin interrupción de no pararlo.

Sin volver a mirarlo estaba seguro de que el muerto era Jack Logan; no podía ser otro.

De espaldas a él, se limpió la sangre cuidadosamente con un pañuelo.

Una vez limpia la mano, examinó su traje oscuro. Tenía algunas salpicaduras de sangre, muy pocas.

Estuvo claro inmediatamente el motivo de su secuestro y de llevarlo al apartamento de Logan. Los granujas conocían su antigua rivalidad con el hermano de Seilah y pretendían cargarle el muerto.

Se sorprendió murmurando en voz alta:

—¡Una bonita faena, sí señor!

Se dispuso a ir al cuarto de aseo, pero recordó entonces lo que había tocado y se apresuró a borrar las huellas que podía haber dejado en la ventana y en el tocadiscos al detenerlo.

—¡Por eso me dejaron la música! Era lógico que al despertar aturdido, con un fiambre al lado la hiciese callar y mis huellas hubiesen quedado, posiblemente, con muestras de sangre y todo.

Aquello le daba la medida de la capacidad de sus asesinos.

—¿Y la rubia? ¿Fue una víctima o la maldita…?

Prefirió no seguir.

Se apresuró a ir al cuarto de aseo y limpiar con otro pañuelo, humedecido, las salpicaduras de sangre, procurando no arrastrarlas.

Le había bastado la primera ojeada para saber que Jack estaba muerto. Había cambiado bastante en casi un año que no se habían visto.

—Tal vez la muerte… —murmuró.

Dirigió una mirada al arma homicida y sintió que los cabellos se le erizaban.

La sucia trama quedaba completamente, clara. Habían asesinado a Jack con el puñal que el hermano de Bing había traído a este la última vez que había estado con permiso. Se trataba de un puñal japonés.

Los hombres que habían luchado en Japón y Corea trajeron como recuerdo muchas de aquellas armas. Pero ninguna como la que había sido empleada para asesinar a Logan.

Un arma que además era bien conocida por mucha gente, porque Bing, justamente orgulloso, la había exhibido frecuentemente. Un arma que estuvo expuesta en su casa a la curiosidad del visitante, particularmente desde que su hermano cayera en una de los últimos combates.

Bing tuvo el convencimiento de que si en aquel momento se examinaba el cuchillo, de encontrarse huellas en él, serían precisamente suyas.

Una mirada que giró en torno hizo ver a Bing que las cosas habían sido revueltas de forma que se hiciese comprensible de que había habido una lucha entre el muerto y su asesino.

La sangre que brotaba de la herida, muy poco a poco ya, salía casi coagulada.

Aquello podía significar que Bing había estado sin sentido muy pocos minutos. De dos a cinco como máximo. Dependía también de que hubiesen matado a Logan minutos antes o momentos después de su llegada.

Los movimientos, las ideas, se iban sucediendo en Bing con prodigiosa rapidez, aunque de manera un tanto atropellada.

La idea «asesinato» le sugirió la idea «policía».

—¡Seguro que se han valido de algún truco para avisar a la policía y que me pille aquí sin escape posible!

Tal idea le hizo dar un salto a Bing, quien se dirigió a la puerta de manera irreflexiva.

Reaccionó a tiempo y volvió hacia atrás para arrancar el cuchillo del cadáver de Jack.

Lo hizo cuidadosamente para no salpicarse, limpió el arma y la envolvió en el mismo pañuelo.

A continuación buscó un periódico. Encontró uno bastante atrasado, de hacía meses y puso una segunda envoltura en el arma.

Cuando salió dejó la puerta entornada, cuidando bien de no dejar huellas en ningún sitio.

Descendió la escalera con rapidez. Mientras las descendía oyó a lo lejos el ulular de las sirenas de los autos policiales.

No se había equivocado.

Al llegar a la puerta estuvo a punto de derribar a una joven que entraba en aquel momento. Se excusó sin detenerse, procurando incluso que no le pudiese ver el rostro y se alejó apresuradamente.

Por fortuna conocía bien aquellas calles y no tardó en salir a la arteria principal, la cual estaba bastante animada a aquella hora en que la mucha gente que trabajaba en Manhattan llegaba a sus hogares.

No resultaba difícil pasar inadvertido aunque su agitación tenía que llamar la atención por fuerza.

Se fue serenando paulatinamente. Las cosas comenzaron a cobrar sentido para él.

Se miró en varios escaparates hasta llegar al convencimiento de que su aspecto era normal. Entonces aprovechó para tomar un «bus», ante el que aguardaba bastante gente para subir, gente que tenía sus ocupaciones en el Queens y que regresaba a algún punto de Manhattan.

Entre los viajeros vio a algunas chicas que actuaban en los bailes por «tickets», a las cuales conocía de vista y le conocían. En otra ocasión hubiese abordado a alguna de ellas, pero entonces se escurrió.

Dejó el «bus» en la Primera Avenida y tomó un taxi que le condujo a su departamento.

Necesitaba reflexionar, cambiarse de ropa, poner orden, no solamente en sus pensamientos, sino en bastantes cosas.

CAPÍTULO III

Una hora más tarde Bing entraba en contacto con Seilah Logan, la hermana de Jack.

El joven se dio a conocer. Comprendió que la linda pelirroja desconocía aún la suerte corrida por su hermano.

A través del teléfono, Bing se dio cuenta de que Seilah estaba contenta y sorprendida a la vez.

—Necesito verte, Seilah... —dijo Bing después de los saludos, tras haberse dado a conocer.

—Si se trata de mi hermano, hace tiempo que no sé de él. En cuanto a Leora, ni sé ni quiero saber nada de ella.

Al mencionar a su hermano, Seilah parecía apenada; cuando nombró a Leora Green la voz de Seilah destilaba sordo rencor.

—Tal vez no me creas, pero hace tiempo que Leora dejó de preocuparme —respondió Bing con acento de sinceridad.

—Que te preocupe o no, me tiene sin cuidado. Me basta con no saber nada de ella —expresó Seilah con energía.

—De acuerdo. ¿Nos podemos ver enseguida? —preguntó Bing—. Es urgente. Te lo pido como un señalado favor.

—Te he aborrecido bastante, Bing y no sé si te aborrezco aún. No me siento con ganas de hacerte favor alguno.

—De acuerdo también. ¿A qué hora sales?

Tardó en llegar la respuesta; pero llegó al fin.

—Mi turno termina dentro de veinte minutos y me largaré enseguida.

—¿A casa?

—No. A divertirme. Estoy en edad de ello y siempre hay alguien esperándome para acompañarme.

—Lo supongo. Y hoy seré yo quien te aguarde...

—Tengo un compromiso...

—Pues rómpelo...

—No...

—Está bien. Lo romperé yo. Si él se opone, le romperé las narices. Tú me conoces, ¿no? ¡Pues hasta ahora mismo!

Colgó Bing sin aguardar la respuesta de ella, seguro del efecto que le habría causado.

—Es posible que ella tenga alguien que la espere y si no tiene a nadie, lo comprometerá para darme en las narices. Pero...

Dejó la frase en el aire convencido de que, fuese como fuese, espantaría al moscardón.

Bing había telefoneado desde su despacho en el cual había estado después de haber pasado por su departamento.

Consultó su reloj. Tenía el tiempo justo para llegar a tiempo de recoger a Seilah. Le hubiera bastado decirle lo sucedido para que lo hubiese esperado pero no quiso darle la triste noticia por teléfono. Y quería adelantarse a la policía.

Tomó un taxi que le dejó a la puerta del bar restaurante próximo a Broadway, en donde trabajaba la hermana de Jack.

Faltaban escasamente dos minutos para que el turno de Seilah fuese relevado.

Bing pidió al taxista que le aguardase y se encaminó a la puerta de servicio del establecimiento.

Aguardaban tres jóvenes, lo cual no tenía nada de extraño ya que en el establecimiento trabajaban bastantes chicas con atractivos suficientes como para atraer una unidad completa de *marines.*

En el par de minutos que quedaban, Bing examinó a los tres hombres. Descartó inmediatamente a dos, seguro de que Seilah no sería capaz de salir con ellos.

El tercero no era tampoco el hombre que Bing hubiese considerado adecuado para Seilah, pero consideré que la joven podía salir ya con él sin sentirse demasiado avergonzada.

Tenía aspecto de cómico, aspirante a triunfador de Broadway aunque de momento solamente habría pisado escenarios de tercera y como máximo, alguno de segunda, en plan de segundón.

Bing adquirió el convencimiento de que Seilah se había apresurado a comprometerlo, escogiéndolo entre los que deseaban salir con la joven.

No podía imaginar Bing que a la atractiva pelirroja le atrajese el supuesto cómico.

—Está claro que ha debido admitir la cita con él para darme a mí en la cabeza.

Bing no era partidario de imponerse por los puños, ni le gustaba tampoco atropellar al que consideraba más débil; pero el momento justificaba cualquier conducta ya que no podía dar explicaciones a un desconocido.

El supuesto cómico era más bajo que él, menos recio y vestía de una manera pretenciosa.

Bing movió la cabeza en sentido negativo y se dijo:

—No, señor, no es el hombre adecuado para ella.

En aquel momento no se le ocurrió pensar que él sí podía ser el hombre adecuado para la pelirroja.

No podía perder tiempo, quería evitar discusiones con Seilah y se dirigió al cómico, al cual preguntó:

—¿Aguarda usted a la señorita Seilah Logan?

Advirtió Bing en el gesto del otro que le había desagradado la pregunta y también que había estado a punto de responderla con un exabrupto. Pero la presencia de Bing imponía lo suficiente, como para que el que fuese pensase la cosa dos veces antes de violentarse con él.

El supuesto cómico respondió tras vacilar:

—Sí, la aguardo.

—Yo soy antiguo amigo de la familia y vengo a buscarla. Estoy seguro de que ella ha accedido a salir con usted por darme en la cabeza a mí. Un papel nada bonito para usted.

El hombre no encontró respuesta adecuada para Bing, quien prosiguió:

—Estoy seguro de que ella accedió a salir con usted no hace aún veinte minutos, después de comunicarle yo que iba a venir en su busca.

Tras una nueva vacilación, admitió el interrogado:

—Ha sido así, ciertamente.

—Ella le gusta a usted y lo comprendo; pero usted no le gusta a ella. Por eso no había accedido hasta hoy a salir en su compañía. Posiblemente lo hubiese dejado con cualquier pretexto apenas se perdiesen de mí vista.

En aquella ocasión el supuesto cómico no respondió. Ante su silencio siguió diciendo Bing:

—Una vez todo aclarado le pido por favor que se largue. Yo lo arreglaré con ella, no se preocupe.

—Pero… —trató de oponer el hombre.

—Haga lo que le digo amigo. Así se pondrá a prueba el interés de ella por usted. Si fuese usted de su agrado ella tendrá ocasión de demostrárselo otro día. ¿Entendido?

El supuesto cómico comprendió que se trataba de algo definitivo. Tenía el hombre sus ribetes de sicólogo y comprendió lo que podía suceder si se resistía a admitir la amable invitación de Bing.

Para acallar su amor propio, respondió:

—En realidad, Seilah no me interesa. Por otra parte, mi chica me está esperando; pero como Seilah puso interés en que saliésemos juntos hoy, naturalmente…

—Estupendo, amigo. Estaba seguro de que nos entenderíamos. Un cigarrillo y haga la del humo cuanto antes.

Sacó Bing su pitillera y ofreció un cigarrillo al otro, que aceptó encantado.

No aguardó a encender, diciendo:

—Creo que ella está ahí. Hasta nunca…

Marchó el supuesto cómico con ligereza.

Salieron dos chicas, una de las cuales se reunió con uno de los jóvenes que aguardaba.

Bing salió de la zona iluminada.

Llegaba Seilah con otra amiga.

La compañera se reunió con el que aguardaba y la joven quedó inmóvil, desconcertada.

Echó a andar finalmente reflejando su rostro un gesto de perplejidad y resignación.

Y en el mismo momento se dejó ver Bing.

—Encantado, Seilah. Buenas tardes.

La contempló admirado y sorprendido a la vez, diciendo:

—Imaginaba que estarías bonita, muy bonita, pero has superado todos mis cálculos.

—Déjame en paz. Me aguarda un chico... Mejor dicho, me debía aguardar.

—Tenemos que hablar, Seilah, y lo he convencido buenamente para que se marchara.

La joven iba a responder de manera airada, pero se contuvo al advertir algo extraño en el aspecto de Bing, normalmente demasiado desenvuelto.

—Debes necesitarme mucho para acudir a mí...

—Te necesito bastante...

—Hubiese preferido que me hubieses buscado sin necesitarme.

—Yo también; pero las cosas son así Seilah.

—Estás muy ocupado... —ironizó ella.

—No demasiado, esa es la verdad. Gano de sobra y no aspiro a atesorar, sino a vivir, simplemente. Lo mejor posible, eso sí; pero sin demasiadas complicaciones.

Se dispuso a tomarla del brazo pero ella se hizo a un lado con un movimiento nervioso, diciendo:

—No me toques...

—No debes tenerme miedo... Y es bueno que sepas que me gustaste siempre. Ahora me gustas más que siempre. Pero antes no pensaba en casarme y consideré que me debía mantener alejado de ti.

—¿Y ahora has pensado en casarte? —ironizó Seilah.

—No he pensado en nada. Pero te necesito. Y voy teniendo edad para casarme...

—Muy emocionante...

—Te lo he dicho porque creo que debes tener confianza en mí.

—Siempre estuviste muy mimado por las chicas... Hasta por Leora aunque me alegré cuando te dio en las narices y prefirió a mí hermano.

—Es posible que hablemos de ella, pero no en este momento. Nos espera un taxi, vamos...

La tomó del brazo y echó a andar obligándola a seguirle, ahogando la inicial protesta de ella.

Se estremeció Bing al sentirla tan cerca y volvió a recordar a la rubia del «bus».

Se dio cuenta entonces el joven de que Seilah usaba un perfume

relativamente barato si se comparaba con el de la rubia; más barato y más fino, de mejor gusto.

—¿A dónde quieres ir? —preguntó poco antes de llegar al taxi.

—Contigo, al único lugar que se puede ir es al infierno —respondió Seilah.

—Estoy seguro de que no piensas eso. En realidad no tienes motivos para estar enfadada conmigo y ni siquiera creo que lo estés.

—¡Estoy reventando de satisfacción porque has tenido a bien acordarte de mí! —respondió ella.

—Tampoco. Te ha sorprendido mi llamada y te ha alegrado un poco, es lo natural; aunque luego reaccionaste contra mí, cuando pensaste. Pero dejemos eso. Hemos de hablar en tu casa o en mi despacho, lo que prefieras.

—¿Y por qué no en tu apartamento? —ironizó Seilah.

—Estarías en él tan segura como aquí mismo; y eso que me gustas más de lo que puedes imaginar. La cosa es grave, Seilah, me gustaría que lo comprendieses…

—¿Qué lugar consideras más apropiado? —preguntó Seilah impresionada por la actitud de Bing.

—¿Tienes independencia en tu apartamento?

—Sí. Tenemos uno entre tres chicas. Una de las que ha salido, otra que ha entrado en este turno y yo.

—¿Nada de fisgones ni de gente que te pueda poner en entredicho?

—Nada de eso.

—Entonces vamos a tu apartamento.

Subieron al taxi y Seilah dio la dirección del apartamento.

Una vez en marcha, tal que si la cosa careciese de importancia, preguntó Bing tratando de dar la impresión de que deseaba cubrir el tiempo del taxi hablando de algo sin importancia.

—¿Qué sabes de tu hermano?

—Nada. Hace una vida misteriosa. Bien, yo confío en él…

—¿A qué se dedica ahora?

—No te lo podría decir. La última vez que lo vi hará unos tres meses, tal vez no llegue a tanto. Me dijo que estaría ausente una larga temporada, que no me alarmase.

—¿Por qué no vivís juntos, Seilah?

—Él tiene sus cosas, necesita libertad de movimiento según me dijo. Yo creo que necesitaba vivir solo para poder disfrutar la vida a su manera. Le sucede algo semejante a ti. Demasiado mimado por las chicas…

—¿Entró en el F.B.I.?

—No. Lo rechazaron…

—Lo sentiría mucho…

—No lo creas. Se resignó pronto aunque habló pestes de la pretendida

libertad en que vivimos. Dijo que la política lo ensucia todo.

—¿No lo admitieron por cosas de tipo político?

—Así fue. Ha tenido amistad con dos comunistas. Y una novia que tuvo después de lo de Leora, también fue comunista. ¡Estupideces!

—Eso creo. Tu hermano no tiene nada de comunista, al menos...

—¡Naturalmente que no! Yo creo que son invenciones para quitárselo de encima. Tenía buena puntuación, la plaza segura y con ese pretexto la plaza habrá sido para algún recomendado de alguien...

—Tienes razón...

Habían llegado a la casa en donde Seilah tenía su apartamento.

Bing pagó y ambos jóvenes se apearon.

La casa carecía de ascensor y hubieron de subir hasta la cuarta planta. Una vez en el apartamento Bing se sintió sorprendido por el orden, la pulcritud que reinaba en él y que difería mucho del aspecto exterior de la casa.

Cerró ella una vez dentro y pasaron al *living* donde Seilah señaló un asiento a Bing.

—Ponte cómodo. ¿Qué quieres tomar?

—¿Hay algo para tomar?

—Sí...

—Algo que refresque. Ha sido un día de excesivo calor...

—«Okey»...

Cuando hubo servido para ella y para Bing, pidió la joven:

—Soy toda oídos. Tengo la impresión de que estás metido en un lío tremendo.

—Has acertado, Seilah. Algo grave...

—¿Y qué puedo hacer yo? Es lo que no alcanzo a comprender...

—Creí que sabrías cosas de tu hermano. Eso me hubiese podido ayudar.

—¿No me has preguntado por simple curiosidad? Fuisteis buenos amigos antes de lo de Leora...

—Nada de simple curiosidad...

Bing había bajado la vista y volvió a levantarla, encontrándose con la mirada clara, franca, de Seilah.

—Estás maravillosa, Seilah...

—Eso dicen. Yo me gusto más por dentro que por fuera. Lo de dentro es lo que puede quedar cuando se pierde la juventud, ¿comprendes?

—Perfectamente. Tu exterior resulta extraordinario precisamente por lo que llevas dentro. De no ser por ello serías linda, hermosa, ¡qué duda cabe! Pero serías una más.

—Admitido. Pero tú no has venido a buscarme para decirme eso. Y yo comienzo a sentir miedo... En tu mirada he leído la compasión hacia mí. ¿Qué le sucede a mí hermano, Bing?

Bing consideró llegado el momento y respondió:

—Lo han matado, Seilah. Y tratan de colgarme su muerte…

Seilah no gritó como Bing esperaba.

La joven estaba de pie apoyada contra el brazo de un sillón y se tambaleó, dando la impresión de que iba a caer.

Bing, preparado para ello, se puso en pie y alargó las manos.

En el primer momento, la linda pelirroja se retiró asustada, mirando para las manos de Bing, temiendo verlas manchadas de sangre.

Reaccionó pronto, sin embargo, echándose en brazos del joven a la vez que decía:

—Perdona, Bing; sé bien que tú no lo has hecho, no has podido hacerlo.

Lloró en silencio sobre el pecho de Bing, que la mantuvo abrazada hasta que ella se fue calmando.

La acompañó al sillón, y le dijo:

—Te haré algo. ¿Té…?

—No es necesario. Gracias, Bing. ¿Cómo ha sido?

Bing fue absolutamente sincero, comenzando por referir el encuentro con la rubia en el autobús.

—¿Crees que te llevó ella a la trampa?

—Por mucho que duela a mí amor propio, es la idea que se impone. Al principio no caí, pero luego… ¿Crees que una chica que vive en un lugar miserable puede gastar un perfume caro y vestir prendas de primera calidad? Aunque debo confesar que llevaba muy pocas, las justas para que no pudiesen decir de ella que iba desnuda.

—¿La habías visto alguna otra vez…?

—Nunca. Eso es otra de las cosas que me hizo pensar luego. Voy siempre en el autobús por lo difícil que resulta el aparcamiento…

—Pero ellos no la trataron demasiado bien.

—Aquello pudo ser muy bien una comedia…

—Es igual. Sea ella o no cómplice de los otros, no vas a sacar nada en limpio por ahí…

—Tienes razón. Aunque si le echase la vista encima no iba a tener más remedio que hablar…

—Piensa que es una mujer. No creo que debas actuar a lo bestia. Ellos han demostrado inteligencia…

El joven miró a Seilah con expresión que reflejaba viva sorpresa. No esperaba la comprensión que mostraba la joven después del golpe que había recibido.

Ella dijo sencillamente:

—Quiero que mi hermano sea vengado. Lo que han hecho con él es una bestialidad. Aunque vivíamos algo distanciados, estoy segura de que no había hecho nada malo.

—Yo también lo creo así. Quiero vengarlo y demostrar mi inocencia.

—¿Crees que la policía puede pensar en ti? —preguntó Seilah.

—No lo sé. Mi rápida reacción ha frustrado los planes de esos granujas; pero ignoro si durante mi forzado sueño se han aprovechado para marcar huellas mías en algún lugar. Además, está el arma homicida…

CAPÍTULO IV

En tal momento repiqueteó el avisador del teléfono.

Seilah se levantó para acudir a él.

—Puede ser la policía. No tengas prisa. Recuerda que no sabes nada. Si te citan, pregunta para qué es la cita y niégate a ir si no te lo dicen.

Seilah afirmó con la cabeza, diciendo de viva voz:

—Comprendo.

—Recuerda que es muy difícil disimular emociones que se viven, o simular las que se han vivido ya...

Seilah señaló otro ademán afirmativo, a la vez que tomaba en su diestra el tubo del microauricular.

Logró dominarse para preguntar:

—¿Sí?

—Señorita Seilah Logan...

—La misma.

—De la policía. Queríamos asegurarnos que está en casa. Hemos llamado a dónde trabaja y nos dijeron que había terminado...

—Sí. ¿Y bien?

—Aguarde ahí. Vamos a verla...

—Me dispongo a salir. Cuando una termina su trabajo tiene derecho a disponer de sí misma, ¿no?

—Indudable que sí. Pero es necesario que hablemos con usted.

—Ya está hablando. ¿De qué se trata...?

—Se lo diremos ahí... O si lo prefiere, mandaremos un coche a recogerla.

—Mándenlo mañana alrededor de las nueve. Es la hora a que suelo salir para ir a mí trabajo. Ahora, me largo...

—Le pido, por favor, que aguarde ahí...

—Dígame el motivo... De lo contrario, no aguardaré. Ni siquiera sé si realmente es la policía o un bromista.

Colgó el aparato y se volvió para decir a Bing:

—De no volver a llamar enseguida, nos largaremos.

No podía representar mi papel. Me ha costado bastante...

La interrumpió el avisador telefónico. Cuando descolgó, preguntó:

—¿Usted otra vez a fastidiar? ¡No tengo ni he tenido nada que ver jamás con la policía! ¡Llevo una vida...!

La interrumpieron, diciendo en tono en donde se podía apreciar cierto afecto:

—Lo sabemos, señorita Logan. No se trata de nada relativo a su

persona. Pero ya que quiere saber...

Tras breve pausa siguió, para expresar en tono de condolencia:

—Se trata de algo grave que la afecta directamente. Su hermano Jack ha sufrido un accidente...

—¿Qué ha sido? ¡No me oculte nada, por favor...! ¡Está...!

Se interrumpió, dando la sensación de que le faltaban las palabras.

El policía siguió diciendo:

—Lo siento, señorita Logan. Sí, está muerto, lo han asesinado. Le ruego que nos aguarde ahí...

Sin querer, Seilah había vuelto a vivir la dolorosa impresión recibida anteriormente, aunque paliada ya. Y respondió con voz estrangulada:

—Sí, les aguardo...

Colocó nuevamente sobre la horquilla el tubo telefónico, cortando la comunicación.

Se volvió entonces para decir a Bing:

—Van a venir...

—Gracias, Seilah. Has estado magnífica. Imagino lo difícil que es fingir en unos momentos como los que vives...

—Me pediste ayuda, Bing...

—Gracias otra vez...

—¿Qué piensas hacer...?

—Todavía estoy sumido en un caos más que regular. Creí que sabrías suficientes cosas de Jack, cosas que me hubiesen señalado un caminó; pero así...

—No, lo siento. Jack fue siempre muy reservado.

—Lo sé...

Se miraron en silencio. Bing tomó las manos de la joven, manos que besó respetuosamente.

—Debes tener valor...

—Lo tendré. Lo tuyo es más difícil...

—Sí... Tal vez no me relacionen con la muerte de tu hermano; pero viviré con ese temor, ¿comprendes?

—Creo comprenderlo perfectamente...

—Tengo que descubrir a los asesinos, poder demostrar mi inocencia, de lo contrario mi vida no será vida... Y vengaré a Jack. A pesar de todo lo sucedido no dejé de considerarle un buen amigo...

—Creo que debes irte. Ellos no tardarán en venir y no conviene que te encuentren aquí...

—Procura enterarte de todo lo que puedas en relación con Jack. Si llegásemos a conocer sus actividades, a saber por qué lo han matado, no resultaría entonces difícil descubrir a sus asesinos...

—Haré lo que pueda, Bing. Te llamaré por teléfono delante de alguien para comunicarte lo que sucede. Así se sabrá que tengo confianza en ti y

no extrañará a nadie volver a vernos juntos…

—Gracias otra vez, Seilah. Estaba seguro de que no me fallarías…

Estrechó sus manos, le acarició el cabello y salió rápidamente, antes de que pudiese llegar la policía.

Una vez en la calle, aguardó hasta ver salir a Seilah, a la cual acompañaba un policía de paisano. Subieron en un automóvil y se alejaron en dirección al edificio en donde tenía su sede la brigada de homicidios.

Bing había cursado órdenes en su oficina. Era un día de poco trabajo y no le necesitarían. En cuanto al gimnasio, pensó que para algo tenía dos buenos preparadores.

Caminó sin rumbo fijo, dando vueltas en su mente a lo sucedido. Volvía a repasar una por una todas las incidencias, comenzando por su encuentro con la rubia en el autobús.

—Si la volviese a encontrar… Pero no, ella no se hará visible mientras yo esté libre. Lo mismo que los otros…

Se sorprendió pensando que si la policía no lo apresaba, los otros corrían riesgo de ser descubiertos por él. Miró Bing la cuestión desde el lado de sus enemigos y decidió que en el caso de ellos, buscaría la manera de suprimirlos una vez había fallado su plan de que pagase la muerte de Jack.



—Le han matado, Seilah...

—Es lo que harán. Intentarán asesinarme…

Miró con recelo en torno; no descubrió nada sospechoso. Y volvió a lo que constituía su obsesión. Se preguntó en un momento dado:

—¿Y por qué me han escogido a mí, precisamente a mí, para que cargue con su muerte?

La pregunta le martilleó el cerebro mientras seguía caminando casi como un sonámbulo, sin darse cuenta exacta de los lugares por los cuales iba.

Se presentó en su mente el motivo de la riña entre Jack Logan y él. ¡Leora!

Jack y él habían llegado a las manos por ella. Jack había jurado que lo mataría, aunque luego había pasado todo. Se habían vuelto a ver de lejos, sin que Jack hiciese nada por reanudar la querella.

Leora. Hacía algún tiempo que no la veía. Tal vez algo más de tres meses, poco después de su último choque con Jack.

Tal idea le condujo a otra.

No habían tenido testigos de sus luchas. Él había vencido a Jack, pudo haberlo matado y no lo hizo. La verdad del extremo a que habían llegado no la conocía más que Leora. No habían trascendido a ninguno de los comunes amigos de ambos. Ni siquiera Seilah la había llegado a saber, aunque ella no ignoraba que la amistad se había roto por Leora.

Se sorprendió diciendo en voz alta:

—Leora… Ella es la única que conocía nuestra rivalidad… No creo que Jack, tan reservado, se hubiese confiado a otra persona. Ella es la que puede haber facilitado datos sobre nuestra rivalidad, ella es la que me ha señalado para que me escogiesen como la víctima propiciatoria…

Se interrumpió, para preguntarse:

—Pero, ¿por qué? ¿Por qué complicarme haciéndome pasar por el asesino? No puedo creer que sea una venganza de ella. Se han podido deshacer de él matándolo, sencillamente, y arrojando su cadáver a cualquier lugar del que no pudiese salir… Bien, no es tan fácil deshacerse de un cadáver…

Repentinamente, tomó Bing una decisión. Ya que no le resultaría fácil encontrar a la rubia ni a ninguno de los fulanos que le habían apresado, iría en busca de Leora.

Tomó un «taxi», que le condujo hasta donde vivía la atractiva Leora Green.

La recordó tal como la había visto la última vez, vistiendo un ceñido traje de brillante tejido que señalaba sus formas harto provocativas.

Era una figura semejante a la de la rubia del autobús, pero en moreno. Su voz era un susurro cálido y el perfume de su cuerpo trastornaba…

Descendió del «taxi», al cual pidió que aguardase, y subió hasta el

tercer piso de la casa en donde suponía encontraría aún a su antigua novia.

Era una casa de pobre aspecto, en una calle pobre, silenciosa, carente casi por completo de luz y sobrada de humedad.

No había ascensor tampoco y los escalones crujían a su paso.

Salió a recibirle una joven de aspecto equívoco cuando llamó a la puerta del apartamento.

—Hola, buen mozo. ¿De qué nos conocemos?

—Busco a Leora…

—¡Oh, Leora! No sé… Creo que vivió aquí, pero debe hacer mucho tiempo de eso. Tal vez un mes o más…

Bing no pudo imaginar la concepción que del tiempo tenía la joven que tenía frente a él.

Adoptó ella una postura provocativa, dejando ver una pierna maravillosa por un corte del vestido, le echó el humo del cigarrillo a la cara y preguntó:

—¿No te sirvo yo?

—Me servirías estupendamente si me pudieses responder a lo que debo preguntar a Leora. Pero no puedes.

—No. Pero tengo lo mío… ¿Está claro?

Dejó ver algún detalle íntimo relacionado con aquello que tenía, y guiñó un ojo entre picara y prometedora.

—Está claro, rubia. Pero no te convengo, debes creerme. ¿No tienes idea de dónde puedo encontrarla a ella?

—Pregunta allí. Tal vez lo sepan…

Respondió con mal disimulado despecho, señalando para otra puerta y cerró con violencia, echando la puerta casi contra las narices del joven.

En la otra puerta, le abrió una anciana que apestaba a licor barato.

—Ignoro a dónde se fue, muchacho. Seguramente a mejorar. Llevaba una vida que brillaba mucho por fuera, pero por dentro, nada de nada. Le he tenido que matar el hambre más de una vez…

Miró con desconfianza al joven y preguntó:

—¿No serás de la «poli»?

—No. Soy amigo de Leora…

—¡Ah! Creo que recuerdo. Te vi con ella algunas veces…

Suspiró y dijo:

—¡La muy ingrata no se ha acordado de mí para nada, después de lo que yo he hecho por ella, que no ha sido poco!

Echó mano Bing a un billete de cinco dólares, billete que depositó en manos de la mujer, a la cual pidió:

—Haga memoria. Esto tal vez la ayude…

—Gracias, muchacho… No lo hago por esto, de verdad. Ahora empiezo a recordar… ¿Has oído hablar de un tal Elmer Matews?

—No, no lo he oído mencionar jamás. ¿Algún personaje?

Bing había oído hablar de él, pero prefirió no decirlo.

—Sí... Anda en cosas de política... Tiene sus negocios. Y él se ha fijado en Leora y parece que la protege...

—Eso es estupendo. Leora lo merece...

—Yo me atrevería a decirte que la dejases en paz. Tú le gustabas a ella, pero no le podías resolver la vida como ella quería, lo recuerdo bien. Matews es el hombre que ella necesita. Y tú debes apartarte del camino. Él es terriblemente celoso...

—Leora no me interesa. Se trata de pedirle noticias de un buen amigo de los dos, simplemente. Pero si no sabe en dónde vive, no tiene importancia. No es nada que valga la pena molestarse...

—Está bien, muchacho. Gracias por tu generosidad.

Y si ella no te interesa, mejor que mejor. De verdad, no sé en dónde podrías encontrarla.

Comenzó a cerrar lentamente, como si tratase de hacer comprender a Bing que los cinco dólares no daban para más.

—Gracias, vieja. Mis saludos si alguna vez ella se acuerda de usted y viene a verla.

—Se lo diré, muchacho. Pero ella es una ingrata y no vendrá...

La última palabra la dijo cerrando ya la puerta.

Bing descendió la escalera. Volvió al «taxi». Sentíase desconcertado, sin saber a dónde ir. Pensó en reunirse nuevamente con Seilah, pero lo consideró prematuro.

El nombre de Elmer Matews podía significar bastante en el asunto que llevaba entre manos. Y podía no significar nada.

Advirtió la mirada del taxista fija en él, esperando órdenes, y dio la dirección de un amigo que se dedicaba a las investigaciones privadas.

Una vez allí, despidió el «taxi». Tuvo suerte de encontrar a su amigo en su despacho.

—Hola, Jerry. Te necesito.

—Buenas tardes, o buenas noches ya, Bing. Ya sabes que me tienes a tu disposición. Siéntate, por favor...

Le ofreció un cigarrillo y preguntó:

—¿De qué se trata?

—¿Has oído hablar de Elmer Matews, Jerry?

—Sí. Comienza a sonar bastante. Aunque yo he conocido cosas de él antes de que comenzase a sonar. Que yo sepa, no ha tocado jamás lo tuyo.

—No se trata de que haya tocado lo mío y ni siquiera que lo piense tocar. Tengo la idea de que es sujeto de más altos vuelos.

—Acertaste. Lo sé bien, porque no eres el primero que se interesa por él.

—¿A qué se dedica?

—Política y negocios de exportación e importación.

—¿Limpio?

—Una limpieza dudosa, pero sin salirse de la Ley.

—¿Y anteriormente?

—Aunque él no llegó a figurar en la cuestión, tuvo un par de tropezones. La venta de material de desguace que no era tal material de desguace. «Jeeps» y aviones. Fue exportado como chatarra y no había tal cosa...

—¿Quién dio la cara en el negocio?

—Un tal Ray Rowland; pero ya conoces estas cosas, intervienen los abogados y el dinero y no sucede nada.

—¿El otro tropiezo? —preguntó Bing.

—Fue un negocio de importación. Lo malo fue que se trataba de importación de heroína. Iba consignada a un centro oficial y ellos debían escamotearla, pues en tal centro ni sabían nada ni la habían pedido. Total, hubo incautación de la mercancía y tampoco pasó nada.

—¿Ray Rowland también? —preguntó Bing.

—Naturalmente. Elmer Matews no puede poner en peligro su prestigio.

—¿Tienes las direcciones de ambos? —preguntó el joven—. Las particulares y las de sus «negocios».

—En mi archivo secreto. ¿Para qué diablos las quieres? Ya te he dicho que no han intervenido ni hay indicios de que piensen intervenir en nada que pueda rozar lo tuyo.

—No he pensado en tal cosa. Pero puedo necesitar visitarles y si tengo sus direcciones, sabré a dónde ir en cada caso y según la hora...

—¡Está bien! Anota...

Jerry Paxton dio a Bing las direcciones que este le pedía. Finalmente, preguntó:

—¿No lo buscarás por lo de esa chica que fue novia tuya y también tuvo algo que ver con Jack? Me refiero a una morena estupenda, aquella Leora...

—No se trata de eso, aunque es posible que ella esté mezclada en la cuestión. ¿Tienes algún trabajo urgente?

—No...

—Entonces, te contrato. Vas a trabajar para mí.

—Pero yo no puedo cobrarte...

—Cobrarás como a otro cualquiera. Y sugiero que pongas mucho cuidado en tu trabajo; procura que no te vean porque si advierten que estás olisqueando en sus asuntos, pueden hacerte un feo dibujo en la piel.

Jerry tragó saliva, los músculos de su rostro se tensaron. Y pidió:

—De acuerdo. Dime de qué se trata.

—Entérate de lo que se llevan entre manos en este momento. Dedícate principalmente a Elmer, aunque sin perder de vista a Rowland, aunque hayas de emplear un auxiliar.

—De acuerdo. ¿Algún dato?

—Han asesinado a Jack Logan y trataron de colgarme el asesinato. Es posible que tal propósito haya fallado, aunque el peligro se cierne aún sobre mi cabeza.

Paxton dio un salto y exclamó:

—¡Cáscaras!

Bing, a continuación, puso a Jerry al corriente de lo sucedido.

—Si conociésemos las ocupaciones de Jack, habríamos adelantado bastante; pero las ignoramos y él no puede hablar ya. Hay que atacar por el otro lado.

—El hilo que te ha conducido hasta Matews es muy débil…

—De acuerdo, pero no tengo otro y hay que vigorizarlo o, si se demuestra que es falso, abandonarlo; pero antes hay que trabajar concienzudamente en torno a esa gente.

El joven dio a continuación los datos personales de los individuos que conocía, así como de la rubia.

Finalmente, se despidió de Jerry.

—Procuraré mantenerme en contacto contigo.

CAPÍTULO V

Bing pasó por su oficina. No le habían llamado.

Dio luego una vuelta por el gimnasio. Los hombres terminaban ya las sesiones de entrenamiento.

Se sintió un tanto extraño a lo que eran sus habituales ocupaciones. Le sorprendió ver que la gente le sonreía, sin comprender la angustiosa situación que vivía, sin alcanzar a columbrarla ni aun sus más íntimos colaboradores.

Volvió a su despacho.

—¿Ha telefoneado alguien?

—Nadie, señor Harlan.

—Si telefonean, que hagan el favor de llamar a mí apartamento.

No le quiso decir a su secretaria que se trataba de una mujer. Ella hubiese podido sentir celos.

La chica dejaba ver sus piernas, de perfecta factura, hasta por encima de las rodillas. En otra ocasión, Bing les hubiese dedicado un elogio, pero en aquella ocasión no quiso verlas, a pesar de un provocativo movimiento de ella, que subió aún la falda un par de centímetros más.

Resultaba un espectáculo altamente emotivo, pero...

—Hasta mañana, Glenda.

—Hasta mañana, señor Harlan...

La chica suspiró.

Apenas Bing en su apartamento, repiqueteó el avisador telefónico:

El joven corrió a tomar el tubo del microauricular; preguntó:

—¿Sí?

—¿Bing? Soy Seilah Logan... ¡Te necesito, Bing! Ha sucedido algo terrible...

Comprendió que ella no estaba sola y fingió viva sorpresa:

—¿Qué sucede, Seilah...? ¿En dónde estás...?

—Han asesinado a Jack...

—¡Imposible!

—Así es, Bing. Apenas me dejaste en mi apartamento me lo han comunicado...

—¿En dónde estás? ¿En tú...?

—No, estoy en homicidios... Pero vuelvo a mí apartamento...

—¿Por qué no me esperas ahí? —preguntó audazmente, tanteando el terreno para intentar conocer su situación respecto a la policía.

—Tal vez será mejor, te lo agradezco. Eres el único amigo verdadero que me queda, el único amigo de Jack...

—Estoy enseguida ahí…

—Estaré aguardándote en la puerta…

Bing había puesto en orden todo en su anterior estancia en la casa, limpiando bien el cuchillo, que había vuelto a ocupar su sitio, bien visible. Y había conectado con él un cable eléctrico, bien disimulado, para que quien intentase apoderarse de él recibiera un buen susto.

Había quemado los pañuelos, cuyos restos había arrojado por el retrete, y limpiado el traje cuidadosamente con agua tibia.

Lo examinó antes de salir, comprobando que no se notaba nada en él.

Tenía ya Bing una mano en el pomo de la puerta, dispuesto a abrir, cuando recordó una idea olvidada momentáneamente.

Intentarían matarlo para que no pudiese descubrir jamás a la gente que había intervenido en apresarlo.

Antes de abrir retrocedió Bing hasta la ventana y lo que no había visto, lo descubrió entonces. Había un hombre apostado en la acera de enfrente, mirando con cierto disimulo hacia su ventana.

Había apagado antes de salir y era difícil que lo descubrieran observando. Y no necesitó ver más.

Dijo para sí:

—Esta gente sabe hacer las cosas. Tendré alguno más aguardando a la puerta de la calle. Posiblemente, hasta alguno se habrá colado en la escalera.

Era la guerra. Dirigió una mirada al cuchillo que su hermano había traído de su lucha en el Pacífico, contra los japoneses, y dijo a guisa de comentario:

—Una guerra en medio de las calles de una ciudad civilizada, una guerra sin cuartel.

Se había colocado la funda sobaquera con una pistola y tomó otra de menos calibre, más pequeña, que descansó en el bolsillo de su americana.

Volvió a la puerta tras la cual podía estar aguardando la muerte. Entreabrió y escrutó desde la abertura, tratando de captar el más leve ruido, el de una simple respiración.

No descubrió nada y salió, cerrando tras sí, dando vuelta a la llave.

Recibió entonces la sensación de que no estaba solo, de que era espiado; pero entonces resultaba tarde ya para retroceder.

Pegado a la pared interior, Bing comenzó a descender en silencio. Las suelas de material plástico le ayudaban en su empeño.

Bajaba de lado para prevenir un posible ataque de arriba. De tanto en cuanto, se detenía a escuchar, tratando de saber si le seguían, tal como presentía.

—Nadie… Si me sigue alguien, tal vez sea un fantasma… —se dijo.

De improviso forzó la marcha descendiendo dos tramos con rapidez, para obligar a un posible perseguidor. Y entonces percibió el crujido de

uno de los escalones, crujido que dio la impresión de un cañonazo en el silencio del lugar.

Seguro ya de que llevaba alguien a sus espaldas, Bing apresuró el paso, sin descuidar por ello la vigilancia ante sí.

Al llegar abajo desconectó los plomos de la acometida eléctrica y dejó la escalera totalmente a oscuras.

Seguidamente, en un piso por encima de donde se hallaba Bing se oyó el ruido de un tropezón, seguido de una exclamación dicha en el argot del hampa.

Bing sonrió con burlona expresión. Ya no había temor alguno a equivocarse, podía dar sin miedo.

Pasó la pistola de menor calibre a su mano izquierda y empuñó con la derecha, por el cañón, el arma más pesada que había llevado en la funda sobaquera.

Retrocedió entonces hacia el pie de la escalera y aguardó agazapado. Estaba seguro de que su seguidor emplearía algún truco para engañarle y lograr un mínimo de ventaja sobre él.

Se produjo de improviso un chasquido y un fogonazo que permitió a Bing descubrir fugazmente una figura masculina.

Pero el joven se mantuvo inmóvil, captando que su antagonista saltaba para evitar el disparo que había provocado deliberadamente para descubrir la posición de Bing.

Fracasada la finta, el desconocido se sintió desconcertado y avanzó ya resueltamente, queriendo dar la sensación de que se trataba de uno de tantos vecinos de la casa.

Bing, desde su sitio, le oyó gruñir contra el servicio de electricidad. Tampoco el joven se dejó engañar por la nueva treta y avanzó silencioso dos pasos para atacar de manera fulminante. Descargó un golpe con irresistible ímpetu, con fuerza suficiente para derribar a un búfalo.

Pero el desconocido llevaba sombrero y la prenda sirvió de amortiguador. Se quejó el agredido, pero se revolvió rápido, disparando a quemarropa, a la altura del estómago.

Bing, al advertir el fallo relativo de su golpe, había previsto el contrataque y se había desplazado en rápido salto de costado.

Los disparos apenas si produjeron un doble chasquido debido al silenciador de la pistola. A continuación, se produjo un tercer chasquido.

Fue un nuevo golpe de Bing, aplicado también con la culata de la pistola; mas esta vez, aleccionado por el fracaso anterior, golpeó en la cara del desconocido, el cual, exhalando un ronco sonido gutural, se desplomó sin sentido.

Bing se mantuvo quieto durante unos instantes, hasta asegurarse de que no quedaba nadie más en la escalera. Entonces volvió a conectar la luz, a cuyos débiles rayos pudo examinar al desconocido.

No era ninguno de los que habían actuado cuando iba con la rubia.

El golpe había sido terrible; le había alcanzado en la boca y le había hecho saltar algunos dientes, provocando una fuerte hemorragia.

—Este se acordará de mí durante toda su vida. Espero que no sea larga.

Volvió a desconectar la luz y se acercó a la puerta de salida a la calle. Había llegado el momento más difícil, en que debería luchar contra un enemigo superior en número y cuya situación ignoraba, a excepción de uno de ellos.

Abrió rápida e inesperadamente y salió como una exhalación.

Algo silbó cerca de sus oídos. Seguidamente, oyó una imprecación. Alguien le había atacado intentando golpearle y al fallar había caído de bruces.

Bing se arrojó al suelo a su vez, arrastrando en su salto a un segundo atacante. La pistola de este saltó al choque, mientras los dos hombres rodaron por el suelo.

Bing, magnífico luchador, logró clara ventaja al caer y aprovechó para golpear con su pistola en la cabeza del pistolero.

Puso en el golpe toda su alma y un sordo gemido le indicó que había acertado plenamente.

Bing continuó rodando, atrayendo al pistolero hacia sí hasta colocárselo como escudo.

El individuo que había caído al fallar se había rehecho y atacaba pistola en mano. Bing, sin soltar al otro, asomó una de sus manos y disparó sin dar ocasión al otro a hacer lo propio.

El pistolero se detuvo instantáneamente; su cuerpo sufrió una serie de sacudidas, tantas como proyectiles le alcanzaron, y se desplomó a continuación.

Había perdido Bing de vista al que viera en la acera de enfrente e ignoraba si habría alguno más apostado; pero no vaciló y se levantó, lanzándose a la carrera, dispuesto a descubrirlos.

Corrió por el asfalto de la calle trazando agudos movimientos en zigzag.

Sintió el batir de los proyectiles en torno a su persona. Uno de ellos le produjo un surco en una de sus mejillas, algo así como un latigazo de fuego.

Se arrojó de cabeza a la acera, dio una aparatosa voltereta y apenas terminada esta, disparó a su vez.

Había descubierto a uno de sus agresores, el cual disparaba aún.

Vio Bing que el hombre se derrumbaba; pero le disparaban desde otro lugar y hubo de atender a los dos nuevos enemigos; Su gran movilidad le salvó de una ráfaga de plomo, ráfaga que quedó cortada por la certera puntería del joven.

En rápida voltereta, llegó Bing a estar bien parapetado. Los escasos

transeúntes, asustados por los disparos, habían corrido a refugiarse en bares o portales, quedando la calle desierta.

El último agresor, al verse solo y a merced del agredido, echó a correr. Bing no vaciló y volvió a disparar. Vio entonces que el hombre se tambaleaba, dejando escapar la pistola para caer pesadamente, de bruces, sobre el pavimento.

Intentó volver atrás, para apresar al hombre que había dejado sin sentido, pero vio que salía tambaleando, dirigiéndose a un automóvil que había acudido en su auxilio.

Hubo de saltar rápidamente para esquivar la rociada de balas que le dedicaron los del automóvil.

Comprendió Bing que se disponían a perseguirle y corrió, deslizándose por una calleja impracticable para el vehículo.

Ellos tenían la posibilidad de dar la vuelta y alcanzarle a poco de salir de ella.

Pero tuvo la fortuna al salir de encontrar libre un «taxi», al cual tomó sobre la marcha, ordenando al chófer:

—¡Rápido! ¡A Homicidios!

El chófer hizo un movimiento afirmativo con la cabeza y lanzó su vehículo al máximo de velocidad permitida.

Durante el camino, el joven reflexionó, decidiendo:

—No tengo más remedio que dar cuenta de este ataque. De lo contrario, podría hacerme sospechoso... En el peor de los casos, si descubriesen que Jack fue muerto con mi cuchillo, este ataque puede apoyar mi defensa que hasta el momento tenía escasas posibilidades...

Cuando llegó a Homicidios, Seilah le aguardaba en la puerta, acompañada por un teniente detective.

Comprendió la atractiva pelirroja que se había producido algo anormal, pero aguardó a que fuese el propio Bing quien hablase.

Bing le tendió las manos, que apresaron las de ella, estrechándolas.

—Siento de verdad lo sucedido, Seilah... Quiero ver a Jack... Pero antes debo denunciar algo. Han intentado asesinarme al salir de casa...

Seilah, realmente asustada, gritó:

—¡No!

—Es como te digo. Han quedado tres hombres tendidos. Lastimé a otro, pero fue recogido por sus compinches. Y entonces me tocó correr a mí para librarme. Y menos mal que pude encontrar un «taxi» antes de que ellos pudiesen alcanzarme.

Bing había restañado la sangre con un pañuelo.

El detective los hizo entrar y Bing declaró ante un capitán, quien escuchó su relato en silencio.

Cuando hubo terminado el joven, examinó la licencia de armas, así como las pistolas, devolviendo todo a Bing.

—En regla —dijo.

Cursó órdenes para acudir al lugar del suceso. Pero antes de salir, preguntó al joven:

—¿Tiene una idea del por qué han intentado asesinarle?

—No puedo imaginar que sea por mis actividades profesionales. Llevo todo con el máximo de claridad…

—No lo ignoramos… ¿No ha recibido proposiciones para obligar a perder a alguno de sus muchachos algún combate importante…?

—No. Lo hubiese denunciado.

—Ellos suelen ejercer chantaje sobre aquellos a los que someten a sus exigencias. Amenazas…

—En este caso, al menos hasta ahora, no ha habido nada.

—¿Gente de la que se dedica a las apuestas…? —interrogó el detective.

—Tampoco. Más bien pienso en Jack. Saben la amistad que nos unía, la que tengo con Seilah… Tal vez ellos temen que yo intente vengarle; o que conozca algún dato que pueda ayudar a descubrirles…

—¿Y no es así? —preguntó el detective.

—Ha sucedido todo con tal rapidez que no me ha dado tiempo a pensar, capitán.

—Sin embargo, usted iba bien armado; algo así como si fuese a la guerra.

La observación del detective no pilló desprevenido a Bing, que había pensado ya en ello y respondió tranquilamente:

—No hace mucho intentaron atracarme creyendo que llevaba la recaudación encima… Desde entonces, voy bien prevenido.

—¿Denunció el caso?

—No valía la pena. Logré frustrar el ataque yo solo. Pensé hacerlo en el primer momento, pero luego…

Hizo un ademán de indiferencia.

—La señorita Logan deberá identificar a su hermano. ¿Desea acompañarla?

—Naturalmente…

—En ese caso, daremos primero una vuelta por los alrededores de su casa y luego iremos al «Mortuary Hall»…

Entró un sargento con una comunicación escrita. La leyó el capitán atentamente y comunicó seguidamente al joven:

—Sus atacantes se han llevado a los compinches que usted dejó tendidos. No han querido ofrecernos la posibilidad de que por los muertos descubramos a los vivos. La policía del sector acudió rápidamente, pero los *gangsters* se dieron más prisa aún…

Salieron al exterior, en donde aguardaban los coches policiales. Esperaba también el «taxi», en el cual subió Bing con Seilah, aunque invitó al capitán a que les acompañase.

—Supongo que preferirán ir solos. Tendrán algunas cosas que contarse. Debe cuidar de ella, Harlan, creo que le necesita mucho.

—Muerto Jack, no le queda nadie más que yo…

Al quedar solos los dos jóvenes, permanecieron silenciosos, enlazadas las manos, muy cerca el uno del otro, mirándose con frecuencia.

Cerca ya de la casa de Bing, dijo la joven:

—Tengo mucho miedo, Bing…

—Y yo también. Menos mal que esperaba el ataque y no pudieron sorprenderme…

—¡Hubiera sido terrible…!

—Han llevado un duro escarmiento; lo malo es que no me perdonarán. Sin embargo, este ataque puede servirme como defensa si me viera acusado al haber sido empleado mi cuchillo para dar muerte a tu hermano.

—No han hecho mención alguna al arma con que lo mataron. Eso me asustó un poco en principio; pero consideré mejor llamarte delante de ellos.

—Es terrible que tengamos que producimos como si fuésemos delincuentes, cuando somos simples víctimas.

Pasó uno de sus brazos por la espalda de Seilah y la atrajo hacia sí.

—Es una verdadera lástima que nos haya reunido la desgracia. ¡Hubiera sido tan hermoso que hubiese ido yo a ti sin necesidad de esto…!

—Lo he pensado más de una vez y llegué a odiarte…

—Yo hubiera ido alguna vez, pero temía siempre que el recuerdo de Leora se hubiese interpuesto entre nosotros.

—Tal vez se hubiese interpuesto… ¿Quién sabe?

CAPÍTULO VI

De la lucha sostenida contra sus atacantes no quedaban más que las manchas de sangre, las huellas de los balazos y los dos dientes que Bing había saltado al granuja que le había esperado en la escalera.

Cuando más tarde llegaron al «Mortuary Hall», ya en el departamento en donde se hallaba el cuerpo de Jack, Seilah saludó a dos jóvenes que salían de tal lugar.

Ambos jóvenes se acercaron a la joven para darle el pésame por la desgraciada muerte de Jack, hacia el cual mostraron gran respeto y deferencia.

Se despidieron de Seilah tras ofrecérsele para lo que pudiese necesitarlos, prometiéndole asistir al sepelio del joven.

Seilah se armó de valor para ver a su hermano, al cual reconoció cuando se lo mostraron.

Tuvo un momento de desfallecimiento, en el que Bing hubo de sujetarla para que no cayese, pero se rehízo prontamente.

El capitán que les acompañaba, la informó:

—Puede hacerse cargo de la ropa y efectos personales que llevaba encima...

—Gracias...

Fue Bing quien se encargó de recoger el pequeño fardo que le entregaron.

Una vez cumplido el requisito de la identificación, el capitán que les había acompañado se despidió de los dos jóvenes.

Bing, una vez solo con Seilah, le preguntó:

—¿Has tomado algo?

—No tengo apetito ninguno.

—Lo comprendo perfectamente; yo tampoco lo tengo. Sin embargo, hemos de alimentamos.

—En casa hay de todo. Te invito.

—De acuerdo, vamos... Te haré compañía hasta que lleguen tus compañeras de departamento.

—Gracias, Bing. Una tardará; hasta que no termine su turno, que es el último, no regresará. La otra no tardará gran cosa...

—Me quedaría contigo para siempre, Seilah...

—¿Quieres decir que te casarías conmigo?

—¡Naturalmente! Nos casaremos tan pronto hayan pasado unos días y se haya solucionado todo... No quiero que te expongas a quedarte viuda a los dos días de casarte... Y no lo digo por asustarte.

—Ya lo sé… Es horrible todo lo que sucede.

Una vez en el departamento de Seilah, Bing revisó cuidadosamente la ropa que llevaba puesta Jack en el momento de su muerte.

—Tú entiendes de esto más que yo. ¿No crees que estos forros han sido descosidos y vueltos a recoser? —preguntó el joven a la pelirroja.

—Puedes tenerlo por seguro… ¿Quién puede haberlo hecho?

—No lo sé… ¿Quiénes eran los dos jóvenes que te saludaron?

—Compañeros de Jack… Ellos tuvieron más suerte y lograron ingresar en el F.B.I. Jack quedó fuera, sin embargo, cuando todos reconocían que era de lo mejor que se había presentado.

—Pero las amistades comunistas lo estropearon todo…

Bing remarcó sus palabras con un matiz irónico que captó Seilah, la cual preguntó:

—¿Crees que lo apartaron por alguna otra cosa? ¿Porque cometió alguna indignidad?

En un momento se tornó agresiva.

Bing sonrió con expresión tranquilizadora y respondió:

—Creo que no lo apartaron, Seilah. Esos chicos hablaron de él con demasiado respeto. Por otra parte, no concibo a Jack cometiendo indignidades…

—Me desconciertas, Bing.

—Yo mismo estoy desconcertado. Trato de encontrar algo a lo cual asirme y he llegado a pensar que tu hermano regresaba de cumplir alguna misión especial. Y que lo han matado por eso.

—Lo dices porque me sirva de consuelo…

—Lo digo porque lo siento así. El entierro de tu hermano correrá a cargo de sus compañeros. Será algo que se saldrá de lo corriente, ¿no es lo que te han dicho? ¿Qué no te preocupes tú de nada?

—Así es…

—¿Crees que un homenaje de esa clase se le rinde a cualquiera, simplemente porque ha estudiado con uno y le ha sido simpático?

Seilah, tras un silencio bastante largo, admitió:

—Puede que tengas razón…

—Entonces, prepara algo para los dos. Algo ligero, pero que nos alimente. Recuerda que tendremos que luchar… Y mientras tú trabajas, yo pensaré.

Antes de que terminasen la ligera cena, llegó la compañera de apartamento.

Bing se puso en contacto telefónico con Jerry Paxton, que le dijo:

—Nada de particular aún. No seas impaciente.

—Han tratado de asesinarme, Jerry. Presiento que lo intentarán otra vez, hasta que lo consigan.

—Lo sentiré si lo consiguen y espero que sabrás cuidarte. Yo que tú, no

dormiría en tu apartamento.

—¿Quieres que me quede en medio de la calle?

—No. Pero puedes quedarte en mi casa. Cuida de asegurarte que no te siguen. Debo adelantarte que veo en esta cuestión algo muy feo, que no me gusta nada.

—Celebro que veas algo, aunque sea feo. Yo no he conseguido ver nada aún. Salgo para ahí…

Antes de despedirse de Seilah, volvió a echar un vistazo a las ropas de Jack, sin encontrar nada.

Luego recomendó a la joven:

—Procura dormir. Mañana vendré a recogerte en mi coche para asistir al sepelio de tu hermano.

—Está bien. Ten cuidado, Bing, por favor.

El joven dio a Seilah la dirección y el número del teléfono de Jerry.

—Podrás encontrarme ahí en cualquier momento…

—De acuerdo, Bing, hasta mañana…

—Hasta mañana.

⋆ ⋆ ⋆

Apenas se hubieron reunido Bing y Jerry, preguntó el primero, a la vez que se dejaba caer en un butacón:

—¿Qué es eso tan feo que ves…? Supongo que te referirás a Elmer Matews…

Jerry negó con la cabeza, diciendo:

—Por ahí, nada…

—¿Entonces…?

—Me he visto con algunos amigos, incluso con compañeros de estudios de Jack…

—¿Y bien?

—Verás. Jack no dependía del F.B.I… Sin embargo, puede que trabajase para él o para algo similar…

—¿Por ejemplo, el C.I.A.?

—Pues, sí, ¿por qué no? Me huelo que todo aquello de que si tenía amistades comunistas, etcétera, no fue nada más que uno de tantos trucos para hacer creer que no era el hombre apropiado para determinadas misiones… Precisamente porque dada su valía y su integridad se pensaba dedicarlo a ellas.

—Estoy de acuerdo contigo —admitió Harlan.

Jerry se sintió satisfecho de que su amigo aprobase; y Bing preguntó a continuación:

—¿A qué misión crees que lo dedicaron?

—¿Cómo quieres que te pueda responder a eso? Es un secreto…

—Para alguien no lo será.

—De acuerdo, para alguien no lo será. Pero tales secretos son raramente conocidos en su totalidad por una sola persona. A menos que se trate del presidente o de alguien de mucha importancia, ya me comprendes.

—Perfectamente. Y eso no me sirve...

—Escucha, Bing. Matews se mueve entre gente muy importante. Ese diablo ha subido mucho en poco tiempo y va a ser difícil atacarle, a menos que se posean pruebas muy concluyentes...

—¿Qué quieres significar con eso?

—Que abandones. Si es lo que imagino, serán los propios compañeros de Jack quienes lo vengarán después de poner las cosas en claro...

—Pero es que me han atacado a mí... Y a mí no me van a defender los compañeros de Jack...

—No sé qué decirte. Si les asegurases que no piensas buscar nada, que vas a olvidar rostros...

—¡Eso es indigno, Jerry! Estoy avergonzándome de ti...

—Tienes razón. No puede ser...

—¿Por qué intentaron cargarme con el muerto? Para hacer pensar que lo de Jack no tenía nada que ver con esa misión de la cual había regresado.

—Cierto...

—¿A qué puede haber salido, di?

—No sé... Tal vez era portador de un secreto...

—Algo que se puede vender. Un negocio mejor que el de los «jeeps» y los aviones por chatarra. O que el de la heroína...

—De acuerdo —admitió Jerry—. Pero, ¿sabemos lo qué es? ¿Tenemos probabilidades de saberlo?

—Escucha, Jerry. He oído decir que esos secretos no se confían a un solo hombre. Se divide entre dos o tres, por si cae uno, que no caiga la totalidad del secreto en manos del enemigo...

—Cierto...

—Jack ha caído ya. ¿Quién puede ser el otro? ¿O los otros?

—No tengo ni idea...

Jerry se puso en pie, anunciando a Bing:

—Tengo que salir a entrevistarme con alguien que está trabajando en lo nuestro.

—De acuerdo. ¿Quieres que te acompañe?

El rostro de Jerry reflejó cierto miedo al responder:

—¡Nada de eso! No quiero que puedan pensar que trabajo para ti. Esa gente me da miedo. A no ser cosa tuya, si no anduviese de por medio la muerte de Jack, al cual deseo ver vengado, te aseguro que habría rechazado el trabajo...

—Está bien, lárgate... Procura no tardar. No, no es que tenga miedo; pero quiero asegurarme de que no te ha sucedido nada.

Apenas hubo salido Jerry, buscó Bing el número telefónico de Matews. No era probable que estuviese el hombre en su casa, que era precisamente lo que deseaba Bing.

Cuando llamó le respondió una voz femenina.

—Necesito hablar con el señor Matews...

—No está en casa —le contestaron.

—Es preciso que lo localice inmediatamente por teléfono. Habrá algún sitio al que se pueda llamar.

Advirtió Bing que la mujer vacilaba y apremió:

—Es muy importante. Soy un buen amigo de él...

—Míster Matews no está, yo ignoro a dónde se le puede llamar en este momento. Su secretario ha salido ya...

—El señor Matews me dijo que si le llamaba y no estaba, me dirían a dónde le podría llamar. Puede suceder algo grave si no consigo ponerme en contacto con él ahora mismo.

Había tal acento de verdad que la mujer, tras breve vacilación, le dio un número telefónico. Y añadió:

—Llame usted a ese número. Si no está en él, le dirán a dónde puede llamarle.

—Gracias...

Había anotado rápidamente el número que le diera la mujer. Llamó.

Y respondió otra voz femenina, una voz que reconoció inmediatamente.

—¿Leora?

Advirtió desconcierto en ella, que preguntó a su vez:

—¿Quién es?

—No me digas que no me has conocido. Sufriría un terrible desengaño...

—Temo que se ha equivocado de número.

—Yo digo que no, Leora. Y ahora, escucha. Supongo que el cerdo de Elmer está contigo...

—¡Oiga...!

—No disimules, no es necesario. Han asesinado a Jack y han intentado colgarme el muerto. ¿Lo sabías?

—¡No!

Fue un grito sincero, de auténtica sorpresa.

—Y has sido tú quien ha dado los datos para que urdiesen el plan...

Guardó silencio Bing, aguardando la reacción de Leora, que se mantuvo también silenciosa. A oídos del joven llegó el ruido producido por la agitada respiración de ella.

Bing prosiguió:

—Será una suerte para ti sí puedes demostrar que han sorprendido tu buena fe. En cuanto a Elmer, puedes decirle de mi parte que no tiene solución. Pagará de una vez todas sus granujadas...

A oídos de Bing llegó una voz viril que preguntaba a Leora con quién hablaba. El joven, que no había obtenido respuesta de la atractiva morena, dijo a esta:

—Puedes decirle que se ponga al aparato. Se enterará de algo que le conviene...

Por el leve ruido que había hecho el teléfono, comprendió Bing que el aparato había cambiado de manos. Oyó luego un fuerte resoplido y preguntó una voz masculina:

—¿Qué le sucede?

—Hola, Matews... No resulta fácil hablar contigo. Te escondes como una sabandija que eres... Aquí, Bing Harlan —se anunció el joven antes de que el otro colgase el microauricular.

Un segundo resoplido le hizo comprender que el anuncio de su nombre había logrado un impacto considerable en el ánimo de Matews, quien tardó en responder, y cuando lo hizo, tartamudeó, diciendo:

—No sé quién es usted.

—Lo sabes de sobra. Solamente quería decirte esto: Las traiciones se pagan caras y los asesinatos también. En esta ocasión, no saldrás tan bien librado como en el asunto de los «jeeps» y los aviones. Y ni siquiera como en el de la heroína...

Aguardó Bing vanamente que Matews respondiese. Y a poco percibió el ruido que producían a la otra parte del hilo al cortar la comunicación.

El joven se sintió decepcionado. Como mucho, había logrado inquietarlos y eso era muy poco.

—Trataré de ver a Leora mañana, cuando él no esté. Es imposible que de aquí a mañana Jerry no haya logrado localizar el lugar en donde vive ella, y más, teniendo su número de teléfono.

Sentíase Bing descontento de sí. Se sirvió un *whisky* y se dejó caer en un sillón. A su lado, sobre una mesa ratona, se hallaba un periódico, el cual tomó maquinalmente entre sus manos para comenzar a leer.

Antes que nada le atrajo la sección deportiva. Era lo suyo. Se hablaba en ella de las peleas que estaba preparando para una fecha próxima.

Pasó a sucesos. No decía nada sobre el asesinato de Jack, descubierto cuando ya la edición se hallaba en la calle.

Llamó su atención noticias sobre un científico que había sido secuestrado no hacía muchos días. Se trataba de Lyon Donovan, especializado en estudios sobre carburantes de elevado poder energético.

En el primer momento, la noticia no llamó su atención y hasta sonrió con expresión despectiva, diciendo:

—Primero se secuestraban mujeres lindas, luego gente rica, después, científicos. ¿A dónde vamos a llegar...?

Se interrumpió al leer otra noticia, en la misma página, aunque en otra sección. La leyó en voz alta después de haberla leído para sí:

—El profesor Chester Wallace llegará esta madrugada de paso para Washington, en donde deberá informar ante la comisión de energía…

Interrumpió la lectura, seguro ya de no haberse equivocado.

Había oído hablar del profesor Chester Wallace, jefe de un importante centro de investigaciones secretas, cuya especialidad era la misma del profesor Lynn Donovan, jefe a su vez de otro centro de estudios de características semejantes.

Bing exclamó:

—¡Ya lo tengo!

Aguardó con verdadera impaciencia a que llegase Jerry, al cual anunció:

—Ya sé lo que traía Jack…

Jerry contempló a su amigo, temiendo que hubiese perdido la razón o que hubiese bebido más de la cuenta.

—No estoy loco. En cuanto a tu *whisky*, puedes comprobar que solamente he bebido uno.

—Bien. ¿Qué traía Jack?

—Algo que se refería a la fórmula de un carburante de gran potencia energética. Un carburante cuya fórmula es secreta aún. Un carburante capaz de lograr vencer la gravedad de la tierra a artefactos de mucho peso…

—¡Diablos! Eso cabe en lo posible —exclamó Jerry asombrado, dejando de creer descabellada la afirmación de su amigo.

—Puedes suponer de dónde se ha conseguido tal fórmula, ¿no?

—Sí…

—¿Comprendes también por qué se habló de Jack en el sentido que se habló?

—Lo comprendo perfectamente. Y también por qué dio él pábulo para que se hablase de aquella manera. ¿Cómo has logrado llegar a esa conclusión tan rotunda? —preguntó Jerry.

—Quedamos en que tales secretos no se confían jamás a una sola persona por entero, ¿no es así?

—Cierto…

Bing dio el periódico a Jerry, señalándole la noticia referente a Lynn Donovan.

—Pues, sí, es posible que tengas razón. Yo había leído la noticia, pero no había pensado en ello. Supongo que el F.B.I. estará trabajando para lograr descubrir su paradero. El asunto está en buenas manos.

—Está en buenas manos, no hay duda; pero Donovan no aparece. Y la pareja será secuestrada esta misma madrugada.

—¿Crees que se la dejarán arrebatar? ¿Quién es la «pareja»? —preguntó Jerry con latente ironía.

Bing le mostró la noticia referente al profesor Wallace.

—Ahí la tienes. El profesor Wallace…

—Pero si ellos han asesinado a Jack ha sido para arrancarle lo que trajera…

—Estoy convencido de que no se lo han encontrado encima.

—¿Qué te hace pensar eso?

—Lo mismo que han empleado dos agentes para traer el secreto… Bien, debemos darlo por cierto. Dos o tres…

—Dado por cierto.

—Han escogido dos científicos para que interpreten lo que los agentes han traído. Uno de ellos es Donovan, secuestrado ya. El otro es Wallace, que será secuestrado hoy…

—¿Por qué esa idea de que Jack no llevaba ya su parte?

—Conozco a Jack. Él es de los que no se habrán dejado ver hasta no dejar terminada su misión.

—¿Por qué lo han asesinado? Un crimen inútil…

—Tal vez creyeron que lo llevaba encima aún. O para saber quién era la persona que había recibido su parte de secreto.

Jerry se rascó el cogote y admitió a regañadientes:

—Puede que tengas razón.

—No hay duda que la tengo…

—Te has equivocado de profesión, Bing. Debieras haberte dedicado a policía.

—Mi profesión da más rendimiento económico. Y uno ejercita el cerebro lo suyo, no vayas a creer…

—Supongo que te pondrás en contacto con esos amigos de Jack que pertenecen al F.B.I…

—¿Quieres que se rían de mí? Si ellos de por sí no han llegado a la misma conclusión que yo, será inútil que les diga nada…

—Tienes razón también… ¿Qué piensas hacer? —preguntó Jerry.

—Evitar que secuestren al profesor Wallace y tratar de apresar algunos de esos granujas que puedan decirnos en dónde tienen a Donovan. Con tal material en la mano ya podremos ponemos en contacto con el F.B.I.

Antes de que Jerry respondiese, preguntó Bing:

—¿Qué más has averiguado?

—Dan Sommer, el secretario de Matews, está relacionado con determinados elementos relacionados a su vez de manera misteriosa con representantes de potencias extranjeras.

Bing silbó admirativamente, diciendo luego en tonillo irónico:

—Matews actúa ya casi como un presidente. Tiene a Ray Rowland para repartir leña, que es como si dijésemos, su secretario del interior. Y a Dan Sommer como secretario de relaciones exteriores. ¡No está mal!

CAPÍTULO VII

Jerry, entre otras buenas cualidades, tenía la de conducir un automóvil maravillosamente, en plan de verdadero as del volante.

Antes de salir de casa aquella madrugada, Bing, para estimular tal cualidad, había hecho beber a su amigo un par de *whiskys* después del frugal desayuno.

Y el magnífico automóvil de Bing había volado luego materialmente por la asfaltada pista que conducía hacia el aeropuerto, cerca del cual, en posición estratégica, se habían situado.

No hacía ni diez minutos que se habían estacionado cuando divisaron un avión de pasajeros que se dirigía al aeropuerto, dispuesto a tomar tierra en él.

Bing examinó detenidamente el aparato a través de sus gemelos y gruñó con expresión satisfecha. A continuación consultó su reloj y anunció:

—No hay duda, es su avión. He regresado en él algunas veces.

El aparato evolucionó adecuadamente para a continuación tomar contacto con el suelo en la pista correspondiente.

Bing dirigió miradas suspicaces a ambos lados de la pista, siempre a través de sus gemelos.

—Nada de particular por el momento —anunció a su compañero.

—Creo que hiciste bien en no avisar a esos amigos del F.B.I. Podías haber corrido un ridículo espantoso —dijo Jerry.

—Ya han tendido la escala —anunció Bing en respuesta.

Los pasajeros comenzaron a aparecer. Uno de ellos era Chester Wallace, al cual reconoció Bing inmediatamente por las muchas fotografías que había visto de él.

—Ahí lo tenemos —anunció.

Alargó los gemelos a Jerry, quien miró a su vez, diciendo al cabo:

—Sí. Es él… Parece que han tomado sus medidas. Fíjate, va escoltado. Después de lo sucedido a Donovan, no se duermen…

Volvió a pasar los gemelos a Bing, quien observó que al pie de la escalera aguardaban al profesor Wallace un grupo de hombres.

Se desentendió Bing del recién llegado y los que le aguardaban para estudiar los diversos grupos que se hallaban en el aeropuerto. Confesó:

—No advierto nada sospechoso de lo que esperaba encontrar. Esto me tranquiliza, aunque no del todo.

El profesor Wallace se acomodó en uno de los automóviles que aguardaban su llegada.

Al ponerse el vehículo en marcha, un grupo de jóvenes aplaudió al

científico, imitándoles bastantes de los pasajeros que habían sido sus compañeros de viaje.

Jerry comentó con ironía:

—¡Qué barbaridad! ¡Ni que fuese una estrella de cine!

—Los que aplauden deben ser estudiantes. Piensa que el profesor debe dar una conferencia antes de salir para Washington...

De improviso se inició una algarabía en uno de los extremos del aeropuerto. Había llegado un autocar repleto de jóvenes que se había acercado a la pista de aterrizaje de otro avión que había tomado tierra casi al mismo tiempo que el del científico.

Los jóvenes habían ido a recibir a un personaje, al cual vitorearon, gritando después contra Washington, a la vez que reclamaban la independencia.

—Parecen portorriqueños —comentó Jerry.

—Sí.

Algunos de los jóvenes sacaron armas, con las cuates dispararon al aire.

Se produjo gran revuelo. Los tres automóviles en que se habían aposentado Wallace, sus acompañantes y los que habían acudido a recibirle, fueron puestos en marcha, dirigiéndose hacia la salida del aeropuerto para sustraerse a la algarabía.

Policía y empleados del aeropuerto corrieron en tanto hacia el punto en donde se había iniciado la revuelta.

Los pasajeros del avión corrieron a buscar refugio en los edificios. Las pistas quedaron totalmente desiertas, a excepción del foco en donde se había producido la violencia.

Seguían los gritos, más violentos cada vez, y aún se produjeron algunos disparos más, al aire también.

Jerry y Bing experimentaron viva perplejidad ante algo que no esperaban. En tanto, los tres automóviles ocupados por Wallace y sus acompañantes, habían ganado la salida del aeropuerto, lanzándose por una de las pistas que conducían hacia la ciudad.

Los tres automóviles, a los cuales había perdido de vista unos instantes cuando rebasaron los últimos edificios del aeropuerto, no tardaron en pasar por delante de ellos a toda velocidad.

Bing ordenó:

—Adelante, Jerry.

—¿No creerán de nosotros que vamos a atacarles?

—Hay que correr ese riesgo. Manteniéndonos a una distancia prudencial, no sucederá nada.

—«Okey»...

Jerry puso el automóvil en marcha, sacándolo a la pista instantes después.

Habían vuelto a perder de vista los tres automóviles, pero no tardaron

en descubrirlos de nuevo.

—Allí los tenemos. No ha sucedido aún nada...

—Ni creo que suceda ya. Sería mucha audacia...

—Ellos la tienen, lo han demostrado...

No había terminado de hablar Bing, cuando se produjeron una serie de disparos cuyo ruido llegó hasta los amigos considerablemente debilitado por la distancia.

El automóvil que marchaba en cabeza de la caravana saltó violentamente de la pista.

—¡Acelera! ¡Han iniciado el ataque!

La apremiante llamada de Bing resultaba innecesaria, pues ya Jerry, que había ido acortando distancias, había lanzado el automóvil al máximo de velocidad, poniendo a prueba una vez más su maestría.

Dos automóviles salieron de ambos lados de la pista y emparejaron con el ocupado por el profesor Wallace, mientras que desde otro automóvil atacaban al tercero de la caravana.

El automóvil salió de la pista, incendiándose tras dar una espectacular voltereta en que sus ocupantes fueron despedidos por el aire como peleles.

Vio Bing que desde los dos coches que flanqueaban al de Wallace, saltaban al de este varios individuos, iniciándose en el vehículo una dura pelea.

Uno de los asaltantes fue lanzado a la pista en plena marcha, arrastrando consigo a uno de los atacados. El automóvil pirata que seguía detrás, hubo de virar violentamente para sortearlos y evitar un accidente.

Bing pasó al asiento delantero, situándose junto a Jerry. Se había provisto de un fusil ametrallador y apuntó con calma. Cuando hizo presión sobre el disparador del arma vio que los primeros proyectiles mordían en la pista, a la zaga del automóvil pirata.

Alzó entonces la puntería y disparó una nueva ráfaga.

Se produjo una fuerte llamarada en el coche de los *gangsters,* que, envuelto en humo y llamas, tras dar una voltereta, se despistó, arrastrando consigo a sus ocupantes.

Segundos después pasaban ante los restos del automóvil siniestrado. Bing atendía ya a otro de los automóviles piratas que marchaba inmediatamente detrás del ocupado por el profesor, del cual se habían apoderado ya.

Varios proyectiles silbaron en torno a la cabeza de Bing, mientras Jerry escondía instintivamente la suya.

Una nueva ráfaga disparada por Bing destrozó primero el parabrisas del automóvil enemigo e instantes después sucedía lo propio con la cabeza del conductor, que cayó muerto sobre el volante.

Se despistó el automóvil, quedando cruzado en la pista y mientras dos de sus ocupantes saltaban sobre el volante tratando de dominar el

vehículo, otro de ellos volvía su arma contra Bing.

El joven no le dio tiempo a hacer fuego, clavándole una ráfaga en medio del pecho, tirando seguidamente sobre los otros dos *gangsters,* que cayeron también acribillados.

Se sucedían las acciones a velocidad de vértigo, obrando los hombres por puro instinto, dando Jerry una vez más muestras de su maestría al sortear el automóvil que se había atravesado en la pista.

—¡Adelante, amigo! Es una lástima que no podamos hacer lo mismo con el automóvil en donde llevan a Wallace.

—¡Nos situaremos a su lado y podrás atacar a tu gusto! —gritó Jerry entusiasmado.

Los dos hombres hubieron de agacharse. Desde el auto en que iba el profesor les habían disparado, destrozándoles el parabrisas.

Tenían muy próximo el coche y Bing se alzó en un momento y disparó alto, obligando a los pistoleros a esconderse para evitar la rociada de proyectiles.

Las distancias se iban acortando. Se distinguían perfectamente los rostros gesticulantes.

Una segunda ráfaga obligó a Bing a esconderse para salir y disparar, en tal ocasión con tal suerte que el primer automóvil de los *gangsters,* alcanzado en una de las ruedas traseras, dio una espantosa voltereta, quedando atravesado en la pista con las ruedas al aire, mientras sus ocupantes quedaban apresados entre los restos del vehículo.

Bing lanzó una exclamación de triunfo. Quedaba únicamente el automóvil en donde iba Wallace, al volante del cual se había colocado un *gangster.*

En rápida maniobra que casi los lanzó fuera de la pista, evitaron los pistoleros el auto de sus compinches. Jerry, a muy pocos metros de ellos, inició una maniobra semejante.

Pero de pronto sintió que la vista se le nublaba, perdió el dominio del volante, que se le escapó de las manos, y recibió la sensación de que se desvanecía.

Se apresuró Bing a hacerse con la dirección del vehículo, retirando a un lado al amigo. En el mismo instante, se produjo una explosión. Una de las ruedas había sido alcanzada, reventando el neumático.

El automóvil cabeceó espantosamente, chirriaron los frenos de manera desagradable, dando la sensación de que se iban a romper; al fin dieron un brusco giro que dejó la proa en sentido opuesto al que habían marchado, y el auto se detuvo bruscamente.

Bing, que había logrado evitar el vuelco con certera maniobra, lanzó una imprecación que reflejaba su ira y su impotencia. Recobró el ametrallador que había abandonado para maniobrar, y disparó frenético, logrando dos impactos, pero que no afectaron la marcha del enemigo, que

huía velozmente.

El cargador del ametrallador se había agotado y el joven arrojó la inútil arma, para atender a Jerry, que había quedado inmóvil en el asiento, recostado contra la portezuela y con la cabeza descolgada sobre el pecho.

Saltó Bing del automóvil y sacó con cuidado al amigo, tendiéndolo al borde de la pista. Pudo apreciar que había sido alcanzado en el pecho por dos balazos.

El corazón latía y Bing, sacando un pañuelo limpio, lo rasgó y se apresuró a taponar las dos heridas.

Terminada la rápida cura, se dispuso a colocar al coche la rueda de recambio. Vio llegar entonces a dos policías de carreteras, los cuales, al llegar a la altura en que se hallaba, detuvieron sus máquinas, encañonándole con sus armas.

—¡No se mueva! ¡Queda detenido en nombre de la Ley! —intimó uno de ellos.

Bing respondió de manera áspera:

—¿Se puede saber qué mosca les ha picado? Han dejado escapar el automóvil en que llevan secuestrado al profesor Wallace y vienen a detenerme a mí, que he sido una víctima más de los pistoleros.

Los dos motoristas cambiaron sendas miradas de contrariedad. Uno de ellos objetó no obstante:

—Hemos visto al profesor Wallace y sus acompañantes. Nos han advertido para que viniésemos a detenerles. Nos denunciaron el asalto de que habían sido objeto…

—¡Pues se han burlado de ustedes! Vean lo que ha quedado atrás… Uno de ustedes debe apresurarse a comunicar para que detengan el automóvil del profesor. El otro, si lo desea, puede quedarse vigilándome mientras cambio la rueda a mí automóvil.

Uno de los motoristas partió como una exhalación, mientras que el otro murmuró con expresión de desaliento:

—¡Temo que es demasiado tarde! Parece que prepararon bien la cosa y a estas horas hasta habrán cambiado ya de vehículo…

—Si se fía de mí, eche un vistazo por ahí detrás. He destrozado dos coches de *gangsters,* pero ellos a su vez han destrozado dos de los que escoltaban al profesor… Puede que alguien necesite auxilio rápido.

—Tiene razón. Usted es Bing Harlan, el organizador de peleas y preparador de boxeadores…

—El mismo. Y mi amigo es Jerry Paxton, detective privado. Soy yo quien lo ha metido en este lio…

No tardó en llegar auxilio del aeropuerto.

Bing, una vez cambiada la rueda de su automóvil, voló materialmente, llevando a Jerry a un hospital.

Fue interrogado posteriormente en la brigada de Homicidios, por el

mismo capitán que había intervenido en lo del asesinato de Jack y en el atentado sufrido por el propio Bing.

—¿Es que los *gangsters* la han tomado con usted, Harlan? —preguntó el capitán después del interrogatorio.

—En esta ocasión, he sido yo quien ha atacado...

Inesperadamente, preguntó el capitán:

—¿Su presencia en el lugar ha sido casual? ¿Iba al aeropuerto a esperar a alguien?

Bing respondió sin vacilar:

—Confieso que no fue casual. Después del secuestro del profesor Donovan tuve el presentimiento de que podía suceder algo semejante con el profesor Wallace.

—¿Qué le hizo pensar tal cosa?

—La muerte de Jack. Me he torturado pensando en las causas de la misma. Él era un chico sano moralmente, de buenas costumbres. No puedo pensar que tuviera enemigos personales hasta el punto de asesinarlo...

—¿Qué imagina que podía tener que ver él con los dos profesores secuestrados?

—No se lo podría decir... He actuado por simple intuición, sabiendo que las cosas no se suceden por casualidad...

—¿Por qué intentaron asesinarle a usted, Harlan?

—Tal vez los que terminaron con la vida de Jack sospechan que yo puedo llegar a descubrirlos. Y es natural que intenten suprimirme.

El capitán, tras reflexionar durante unos instantes, dijo:

—Usted y Jack Logan tuvieron una violenta riña en una ocasión. Aquí se llegó a pensar que usted podía haber matado a Jack...

—¿Me creen un asesino, capitán? —preguntó el joven con naturalidad.

—No. Pero el apartamento de Logan presentaba señales de violencia. Daba la impresión de que hubo lucha. Pudo ir usted a verle, recrudecerse la antigua querella, reñir y...

—No hubo nada de eso. Ni siquiera sabía que había regresado. Su hermana también lo ignoraba.

—Ella está segura de que no fue usted y eso le ayuda. Además, usted estaba en contacto con ella en los momentos en que, según el forense, se cometía el crimen.

—Así es... —admitió Bing.

Tras reflexionar, siguió diciendo el joven:

—El motivo de la riña entre Jack y yo, se llama Leora Green...

—Nos lo ha dicho la señorita Logan. Hemos vuelto a interrogarla hoy —confesó el policía.

—Yo he pensado que ella puede haber ofrecido a los asesinos, tal vez sin querer, datos que les pueden haber servido a ellos. Es una corazonada, como la de mi ida al aeropuerto...

El policía miró al joven, tratando de profundizar en sus pensamientos. Se encontró con una sonrisa que no quería decir más de lo que había dicho de palabra.

Bing añadió aún:

—Ella es la amiga de Elmer Matews. No será necesario que le hable de él, ni de su pasado, ¿no es cierto?

El policía se mantuvo silencioso, para decir finalmente:

—Gracias por todo, Harlan. Puede retirarse.

CAPÍTULO VIII

Seilah consultó su reloj. Se había vestido convenientemente para asistir al sepelio de los restos de su hermano.

Bing le había prometido que estaría a recogerla a aquella hora y no había llegado aún.

Telefoneó a casa de Jerry, según le había indicado Bing. Le respondió la secretaria del policía, una vez que Seilah se dio a conocer:

—El señor Harlan no está; salió esta madrugada con mi jefe. Este se halla gravemente herido en un hospital, pero del señor Harlan no sé nada.

La secretaria del detective privado dio a Seilah las señas del hospital en donde se hallaba su jefe.

—¿Tiene idea de lo sucedido? —preguntó Seilah.

—Sé que hubo un tiroteo y que han secuestrado a un hombre. No puedo informarle de nada más.

—Está bien, gracias.

Se disponía Seilah a llamar a Homicidios, cuando repiqueteó el avisador del teléfono, cuyo tubo terminaba de colocar sobre la horquilla.

—¿Sí?

—Con la señorita Logan, por favor —pidió una voz femenina, que la joven creyó reconocer.

—Soy yo. ¿Con quién hablo?

—Leora Green...

—¡Oh!

—Siento lo sucedido a Jack, Seilah, te lo aseguro.

—Gracias. ¿Cómo te has enterado? La Prensa no dice nada...

—Las noticias corren de boca en boca; y con más rapidez aún las que pueden hacer daño a una...

—No creo que te haya hecho mucho daño. Te portaste muy mal con él...

—Ya lo sé. Precisamente me ha hecho más daño por eso mismo. Te confieso que no tengo la conciencia muy tranquila...

—Agradezco tu llamada...

Se disponía a colgar. Le había costado bastante no colocarse en plan agresivo con ella y no quería hacerlo.

Comprendió Leora que Seilah iba a cortar la comunicación y se apresuró a decir:

—¡Un momento todavía! Se trata de Bing...

—¿Qué sabes de él?

—Está herido y te reclama. Yo he ido a su lado, pero me ha

rechazado...

En la voz de Leora vibraba una emoción que parecía sincera.

La amiga de Matews prosiguió diciendo:

—Tranquilízate, no es grave, pero quiere hablar contigo. Tiene algo importante que comunicarte. Van a operarlo y necesita hablar antes contigo.

—¿En dónde está? —preguntó Seilah convencida.

Leora dio las señas de un hospital próximo al lugar en donde Seilah tenía su apartamento.

—Gracias, Leora...

—De nada. Me hubiese gustado poder hacer algo más efectivo. ¡Estoy tan arrepentida de tantas cosas! Sé que Bing te quiere. No dejes que se te vaya de las manos. El vale mucho...

Siguió un silencio, tras el cual llegó la despedida de Leora en voz apagada, cortando a continuación la comunicación.

Seilah dejó el tubo sobre la horquilla y permaneció pensativa, desconfiando instintivamente.

Consultó la hora.

—¡No tengo tiempo que perder! Puedo llegar hasta el hospital a pie, tomaré allí un taxi y llegaré a tiempo de asistir al sepelio de Jack.

Experimentaba un dolor profundo; por lo sucedido a Jack, por lo que le podía haber ocurrido a Bing a pesar de que Leora le había dicho que no era grave.

Volvía a sentirse muy sola, a pesar de que sabía que encontraría en el acto del sepelio a los compañeros de Jack.

Estuvo tentada de llamar por teléfono al capitán de policía que llevaba el asunto de Jack, pero una nueva mirada al reloj le hizo ver que tenía el tiempo justo si quería llegar a los dos sitios.

Se lanzó por fin a la calle.

No vivía en un lugar céntrico, pero la calle estaba bastante animada.

Pero luego hubo de internarse por unas callejas que carecían de animación, en las que si veía algún ser humano, más bien resultaba asustante.

Se arrepintió de no haber tomado un «taxi» y estuvo tentada de volver atrás, pero luego se reprochó aquel miedo infantil.

¿Qué podía sucederle en pleno día, cuando una simple voz suya podía atraer a la gente?

Giró por una esquina y a poco se arrepintió de haberlo hecho. A medida que avanzaba, experimentaba un extraño desasosiego, como una premonición.

No se veía un alma en la desierta calleja. Puertas y ventanas aparecían hostilmente cerradas. El ruido de sus pisadas resonaba de manera asustante. Olía mal, a sudor, a vicio.

Intuía que era seguida y hasta creyó percibir un ardoroso aliento que le quemaba en la nuca. Se volvió varias veces tratando de descubrir posibles seguidores, pero no vio a nadie.

—¡Soy una cobarde! ¡Si Bing pudiese verme, se moriría de risa! —se reprochó, tratando de animarse.

De una casa de miserable aspecto salió un sujeto harapiento que al cruzarse con ella la miró fijamente con su único ojo de ribetes sanguinolentos, dirigiéndole una invitadora frase obscena.

Caminó más deprisa. Y segundos después sintió a sus espaldas ruido de pasos que avanzaban rápidos. Aceleró aún, pero comprendió que la alcanzaban, que perdía terreno.

Se dispuso a gritar, pero sintió que apoyaban contra su espalda un objeto duro, de forma inequívoca. Alguien le dijo con voz bronca:

—Continúe, sin volverse. Nos aguarda un coche aquí cerca.

—Debe haberse equivocado. A mí no me aguarda ningún coche...

—No se pase de lista, jovencita, lo pasaría mal. No rechiste y adelante.

Sin que Seilah pudiese saber de dónde, como dos fantasmas, surgieron dos hombres más, situándose cada uno de ellos a uno de sus costados.

Seilah, repentinamente, dejó caer el bolso. Se agachó a recogerlo y propinó un duro golpe al hombre que caminaba detrás de ella. Este lanzó una exclamación de dolor, a tiempo que caía de bruces.

Confió en que sorprendería a los otros e inició la huida a tiempo que gritaba, pero entonces recibió un violento golpe en la cabeza, quedando cortado el grito casi de raíz.

El choque fue tremendo, obligándola a cerrar los ojos, percibiendo en las retinas la lividez de un fuerte fogonazo. Se le aflojaron las piernas y la dominó un fuerte vértigo que la hizo caer en brazos del mismo hombre que la había golpeado.

Se apresuró el hombre a recogerla mientras el otro se ocupaba del caído y pronto estuvieron los cuatro en un automóvil negro, que les aguardaba al girar de la esquina, el cual partió velozmente tan pronto recibió su carga.

* * *

Cuando Bing salió de Homicidios, consultó su reloj. Tenía el tiempo justo para acudir a recoger a Seilah y se metió en un teléfono público, desde el cual llamó.

Acudió al aparato una de las compañeras de Seilah. El joven se dio a conocer, pidiendo luego:

—¿Quiere decir a Seilah que se ponga al aparato?

—No está en casa... Salió no hace mucho.

—Debía esperarme...

—Lo sé; pero usted tardaba y ella llamó por teléfono a alguien.

Después, la llamaron a ella y salió apresuradamente...

—¿No le dijo nada antes de salir, no le dio ningún recado?

Advirtió Bing que su comunicante se hallaba desconcertada. Ella dijo tras breve titubeo:

—Tengo la impresión de que salió rápidamente porque le dijeron que usted estaba herido. Me pareció oír algo. No me dio tiempo a preguntarle y ella seguramente no me dijo nada por temor a despertarme.

—¡Diablos! ¿Sabe a dónde llamó antes?

—Me pareció que preguntó por un tal señor Paxton...

—Sí. Intentó comunicar conmigo...

La compañera de Seilah, a medida que hablaba, iba recordando y dijo:

—La persona que le llamó a ella debió ser una mujer.

Se hablaban como si se conocieran de tiempo. Al despedirse me pareció que la llamó Leora.

Bing experimentó frío. Y dijo:

—Seguramente era Leora. Gracias.

—De nada...

El joven cortó la comunicación.

Llamó seguidamente al número de Leora, pero no le respondieron.

Tomó un taxi y se dirigió a casa de Paxton. La secretaria le recibió no muy amablemente, convencida de que Bing había tenido la culpa de lo sucedido a Jerry.

—¿Ha habido alguna noticia para mí?

—Le llamó la señorita Logan... Nadie más.

—¿De mi despacho no han dicho nada?

—Ahora que recuerdo... Llamó su secretaria preguntando por usted. Estaba bastante alarmada...

Volvió a llamar a Leora, con resultado negativo también.

Ante el fracaso, se puso en contacto con su secretaria, que le comunicó:

—No hace mucho le han llamado. No quiso decir quién era... ¿No le ha sucedido nada malo?

—Tengo aún la cabeza sobre los hombros, aunque tal vez sea por verdadero milagro.

—¡Tenga mucho cuidado, por favor...!

Estaba demasiado asustado por lo que le pudiese hacer sucedido a Seilah para responderle en plan humorístico, invitándola a bailar, como hubiese hecho en otra ocasión.

Se despidió de ella y, apenas había colgado, repiqueteó el avisador del teléfono.

Instantes después, la secretaria de Jerry le alargaba el tubo.

—Es para usted, señor Harlan.

Bing tomó el aparato:

—Bing Harlan al habla. ¿Con quién tengo el gusto...?

Le interrumpieron con voz seca, autoritaria:

—No le importa, Harlan…

—Está bien, Matews. Suelte sus condiciones. Me tiene dispuesto a rendirme.

Bing habló con tranquilidad en donde latía un fondo de agresiva ironía.

—Demasiado pico, Harlan. Ya sé que tendrá que rendirse, aunque no es cierto que esté dispuesto a ello. Usted ha demostrado que es batallador, duro…

—No está mal del todo. He barrido bastante gente. Sí, ya sé que con dinero tendrá usted más. Pero el precio de esas fórmulas, que aún no ha logrado, va a subir demasiado y no le va a sacar rendimiento.

—Está hablando demasiado. Y le he llamado para que escuche —dijo el del teléfono con voz incisiva, que dejaba adivinar irritación.

—Hable; pero no haga el rollo demasiado largo.

—Se va a estar quietecito. Le tendré bien controlado. Solo así tendrá ocasión de ver sana y salva a la señorita Logan dentro de dos semanas. ¿Entendido?

—Entendido. Pero no le voy a hacer caso. ¿Entendido también?

La secretaria de Jerry, atenta a la conversación, reflejaba el más profundo miedo en su expresión.

El que se hallaba a la otra parte del hilo telefónico no aguardaba una respuesta tan clara y por el momento no encontró palabras que oponer a Bing, que prosiguió diciendo:

—Si la señorita Logan no es puesta en libertad inmediatamente, le buscaré, Matews, y terminaré con usted, escóndase en donde se esconda. Lo mismo sucederá con Rowland y con Dan Sommer. Se lo puede decir a ellos.

—¿No cree que está chillando demasiado? Tengo la sartén por el mango.

—Eso es lo que usted creer y podría ser si se enfrentase con un cobarde. Pero yo he demostrado algo, ¿no?

—No hay duda que sí. Que tiene la cabeza muy dura. Pero las balas horadan cabezas más duras que la suya.

—Lo dicho, Matews. Y ahora, otra cosa. Le he dado una pista interesante al capitán Carter. La pista irá también a manos del F.B.I. Su fracaso al intentar complicarme en la muerte de Jack para desviar la atención de los verdaderos móviles del crimen, no tardarán en asfixiarle. Huele usted a cadáver que apesta…

—Morirá la señorita Logan…

—Si le produce el menor daño, le aseguro que antes de morir sudará usted sangre…

Colgó el tubo telefónico, cortando la comunicación.

Al terminar la conferencia, Bing estaba pálido, pero se sentía seguro de

su postura.

Llamó a Homicidios para dar parte a Carter del posible secuestro de Seilah y de la conversación que había sostenido con el desconocido. No ocultó al policía el convencimiento que tenía de que toda la trama partía de Elmer Matews.

A Carter no le pilló la cosa de sorpresa, pues después de la salida de Bing había estado haciendo indagaciones y había llegado a la conclusión de que tal vez el joven no anduviese descaminado.

Le dijo:

—Tengo vigilada la casa de Matews y la de su amiga; pero tengo la impresión de que han volado.

—Eso es un indicio de culpabilidad —dijo Bing.

—De acuerdo. Pero todos pensamos que un secreto muy importante ha caído en manos de unos traidores. Dos hombres de ciencia están en manos de unos desalmados. Lo mismo ocurre con la señorita Logan. Y un paso en falso por nuestra parte puede significar la muerte de los tres.

—De acuerdo. Pero si advierten que tenemos miedo, se burlarán de nosotros y no por eso dejarán de sacrificar a la señorita Logan y a los dos científicos… Conozco bien a esa clase de indeseables…

—Sea cauto. Usted es también un objetivo para ellos.

—De acuerdo, pero ahora, menos. El saber que les he puesto a ustedes sobre la pista de ellos hace que mi muerte no les resulte necesaria.

—Pero la venganza…

—Es lo único. No les temo, capitán… Hasta pronto.

Cortó la comunicación para evitar que le hiciese una serie de recomendaciones. El joven estaba dispuesto a actuar por su cuenta.

CAPÍTULO IX

A medida que avanzaba la mañana iba aumentando gradualmente el calor, hasta el punto de que llegaba a molestar.

Bing, que no había tomado más que el frugal desayuno y el *whisky* en casa de Paxton antes de dirigirse al aeropuerto, decidió que debía tomar algo nutritivo que reparase sus fuerzas si quería continuar la lucha con posibilidades.

Salió del despacho de Paxton, no sin dar seguridades a la secretaria de que la vida de Jerry no corría peligro.

—Han sido dos picadas sin importancia. Gajes del oficio...

La chica no hizo comentario alguno, aunque pensó que podían habérselas soltado a Bing en la cabeza.

Una vez en la calle, se encaminó Bing a un restaurante próximo, en donde Jerry desayunaba e incluso almorzaba muchas mañanas.

Mientras se encaminaba a él, repasó mentalmente los acontecimientos vividos desde el momento en que la rubia le había echado el anzuelo, fijando su atención principalmente en lo sucedido aquella mañana.

Llamó su atención un detalle que hasta el momento había ocupado un segundo lugar en su mente.

Se refería a uno de los hombres que habían ocupado el automóvil en que iba el profesor Wallace.

Se trataba precisamente del hombre que había disparado hiriendo a Jerry primero y reventando a continuación el neumático que le había obligado a detenerse.

Estaba desfigurado por el paso de los años, pero no tanto como para que al fin no lo hubiese reconocido.

A sus labios saltó un nombre:

—¡Leo Kendall! Encontré en él algo familiar...

Kendall había sido boxeador y lo había tenido en su cuadra en recuerdo a la amistad del boxeador con el hermano mayor de Bing.

El boxeador había sido un buen soldado que se había batido bravamente en Corea. La guerra lo había respetado, pero el boxeo había hecho de él una especie de sombra. Kendall estaba sonado y aquello le había obligado a retirarse, aunque el hombre no se había resignado.

Según los cálculos de Bing, Kendall debía andar por los treinta y tres a los treinta y cuatro años, cinco más que el propio Bing.

Harlan se había visto obligado a no darle combates, temeroso de que el boxeador se quedase en el *ring* en uno de ellos. En compensación le había ofrecido una plaza en su gimnasio, como preparador.

Pero Kendall la había rechazado convencido de que estaba en condiciones de boxear, aunque la realidad se había encargado de demostrarle lo contrario.

Pero el pugilista, sobrado de orgullo, no había vuelto por el empleo que Bing le había ofrecido.

Bing había terminado de repasar mentalmente la breve historia cuando había llegado aproximadamente a mitad de su almuerzo.

Había sido precavido el joven, teniendo en cuenta la situación en que se hallaba, y se había colocado de forma que no le pudiesen atacar por la espalda.

Percibió la sensación de que le observaban fijamente, pero no se dio por aludido.

Sin dejar de almorzar, descubrió al que le miraba con tanta fijeza. Y hubo de disimular la impresión que le causó tal descubrimiento. Allí tenía a Leo Kendall. Estaba seguro de que lo había reconocido, como posiblemente lo habría reconocido aquella mañana cuando había tirado contra él en la pista que conducía al aeropuerto.

Siguió Harlan en lo suyo, aunque de tanto en cuanto dedicaba distraídas miradas al ex pugilista.

Por las miradas de este pudo darse cuenta de que no estaba solo, aunque Bing no podía saber en concreto el número de enemigos dispuestos a suprimirlo.

Posiblemente la llamada de Matews a la oficina de Paxton no había sido más que un ardid para localizarlo y destacarle a los hombres que debían terminar con él.

Cuando terminó el almuerzo, pagó y sacó de su bolsillo el paquete de cigarrillos, disponiéndose a encender uno.

Tal acción le permitió variar de postura en la silla sin despertar sospechas. Y al terminar el movimiento de guardar el encendedor, se llevó la mano a la sobaquera, dejándose caer rápidamente al suelo.

Se produjeron los primeros disparos por parte de los compinches de Kendall, que eran dos.

Se oyó ruido de cristalería rota y de una mesa y dos sillas derribadas. Bing había adivinado el instante en que se iba a producir la agresión y, apenas en contacto con el suelo, logró desenfundar y montar su pistola.

Sintió chocar los proyectiles contra la superficie de la mesa que había sido volcada por él al moverse; y acabando de girar el cuerpo, se halló en postura favorable para disparar.

Divisó frente a sí a dos enemigos desconocidos; el más próximo había disparado ya y se disponía a repetir, pero su acción fue cortada por el primer disparo de Bing.

El *gangster,* alcanzado limpiamente en la frente, cayó como fulminado, sin exhalar un suspiro.

Bing hubo de saltar entonces como un tigre para evitar la rociada de proyectiles que desde muy corta distancia le disparó el segundo asaltante.

Uno de los proyectiles le alcanzó en el brazo, produciéndole un fuerte escozor, tal que si le hubiesen aplicado un hierro candente. Sintióse ganado por una furia fría, destructiva.

Y apenas recibida la dolorosa sensación, disparó a su vez y tuvo la satisfacción de ver caer a su enemigo con el estómago perforado.

Bing percibía el ruido de las carreras, de los gritos, de las mesas volcadas por los que huían para evitar el riesgo de ser alcanzados por un proyectil.

Bing, al iniciar la lucha, había cuidado bien de mantenerse a cubierto de Kendall, al que consideraba el más peligroso de sus atacantes. No tardó en convencerse de ello al verlo avanzar implacable, parapetándose magistralmente tras cualquier punto que pudiera servirle para ello.

Recordó lo que había oído referir al propio Kendall de cómo había actuado en la guerra y comprendió que el pugilista no había exagerado.

Saltó Bing para evitar la primera ráfaga y apenas hubo caído en tierra disparó a su vez. Sabía lo que podía suceder, pero no le tembló el pulso y su rostro mostró un gesto de satisfacción cuando vio que el ametrallador de Kendall saltaba de manos de este destrozado por los disparos.

Bing se lanzó como disparado por una catapulta, para no dar tiempo a que su enemigo pudiese empuñar otra arma, y, al caer sobre él, rodaron dando varias vertiginosas volteretas.

Kendall demostró que no en vano había sido un buen pugilista, poniendo repetidas veces en dificultad a Bing.

Pero el pugilista se hallaba en inferioridad ya que la policía no podía tardar en hacer acto de presencia.

Bing retorció la muñeca a Kendall, obligándole a soltar el cuchillo que había empuñado; pero para ello tuvo que abandonar una llave de lucha que le había aplicado; y el antiguo pugilista aprovechó para echárselo de encima de un par de violentos puntapiés.

Salió proyectado Bing con violencia, cayendo sobre una mesa que se quebró al recibir el impacto y Kendall se valió de ello para levantarse rápidamente.

La gente parecía dispuesta a ayudar a Bing y Kendall echó a correr. Le lanzaron una silla a los pies, para hacerle caer, pero el ex pugilista la saltó limpiamente.

Se rehízo pronto Bing del golpe sufrido y se lanzó en persecución de su atacante, con más afán, cuanta que por él podrían llegar hasta el lugar en que la gente de Matews tendría su escondite.

Corrió Kendall con zancada larga y segura, dando la impresión a su perseguidor de que el hombre no había abandonado sus entrenamientos deportivos.

Bing era un buen deportista y aceleró la marcha a su vez, sacando el máximo de rendimiento a su zancada tan larga y segura como la de Kendall, pero más rápida.

Llegó a alcanzarle hasta casi emparejarse con él; pero hubo de saltar rápidamente para esquivar el mazazo que el fugitivo lanzó deteniéndose inesperadamente y girando con gran velocidad.

Bing, como buen preparador, conocía bien las tretas de Kendall y no solamente esquivó, sino que apenas hubo pasado el silbante puño ante sus narices, atrapó a Kendall por la muñeca, la cual retorció violentamente.

Gruñó Kendall, el cual saltó tratando de librarse de la dura presa.

Era el momento que había provocado Bing para dominarlo en el aire y lanzarlo luego contra el suelo.

Kendall trató de caer lo mejor posible, a pesar de lo cual sufrió un rudo golpe que lo inmovilizó momentáneamente, acusando en su rostro el dolor que experimentaba.

Los dos hombres habían llegado en su veloz carrera a un estrecho callejón solitario. Bing había tenido buen cuidado en su persecución, de acosarlo de forma que le había obligado a desviarse del lugar por dónde Kendall había querido huir para reunirse con los compinches que le aguardaban en un automóvil.

Jadeaban ambos hombres, aunque Kendall daba mayores muestras de cansancio que Bing.

A pesar de ello saltó y dirigió un golpe de rodilla al bajo vientre de Bing, golpe que este logró parar en último extremo.

Agotada la paciencia, el preparador contratacó, golpeando con el canto de su mano derecha en la carótida del ex pugilista, repitiendo con otro golpe semejante dirigido a la nuca.

Kendall, vaciló al primer golpe, y hubiese caído al segundo de no aferrarlo Bing fuertemente.

Pensó el joven en llevar al *gangster* a la policía, pero el aviso de Matews lo tenía en vilo.

Temió que el engranaje policial no se moviese con la rapidez precisa, incluso que sus movimientos, bastante visibles, fuesen descubiertos antes de tiempo.

Por otra parte, la policía no podía aplicar a Kendall el tratamiento que este necesitaba para hablar.

Bing decidió que debía sorprender a sus enemigos con su rapidez, ya que ellos tomarían sus medidas al enterarse del fracaso de su último ataque.

En las vueltas que habían dado habían quedado cerca de la oficina de Paxton, y Bing decidió que era un buen lugar para someter a Kendall a un buen interrogatorio.

Cargó al hombro con el corpachón de su enemigo y se deslizó con él

hasta llegar a la salida de incendios del edificio en donde pensaba actuar.

Le sobraron fuerzas para llegar a la segunda planta, en donde Paxton tenía su despacho. La salida de emergencia estaba cerrada y llamó a ella fuertemente.

A poco vio aparecer a la secretaria de Jerry, la cual mostraba no poco miedo en su rostro.

Le hizo seña para que abriese rápidamente, cosa que la chica hizo tras breve vacilación.

Entró Bing el cuerpo de Kendall, que se hallaba inconsciente aún, si bien comenzaba a dar señales de vida.

El joven anunció:

—Aquí tiene al granuja que hirió esta mañana a Jerry. Y ahora, cierre, por favor.

—¿Cree que el traerlo va a curar más pronto al jefe?

—No. Pero puede evitar que mueran otras personas, por evitar el secuestro de una de las cuales fue herido Jerry esta mañana.

Cerró la chica. Bing leyó el mudo reproche que le hacía y le dijo:

—Son gajes del oficio. Si le duele, cásese con él y enséñele a ganarse la vida de otra manera. No crea que si lo hirieron fue porque yo escondí la cara. Como poco, arriesgué tanto como él. Hasta ahora he tenido más suerte, eso es todo.

Dulcificó la voz al terminar. La chica se apresuró a decir:

—Le ruego que me perdone, señor Harlan, pero es que estoy trastornada pensando en lo que ha podido suceder.

—Lo comprendo. No se preocupe demasiado. Y no crea que me he metido en estas cosas por divertirme…

Bing arrastró a Kendall hasta una especie de antedespacho interior.

Se dirigió entonces a la sorprendida secretaria, que le había seguido, preguntándole:

—¿Tienen receptor de radio?

—No, señor…

—¿Sabe cantar? Necesito música, ruido… Algo que arme más alboroto que este fulano… No lo hago por divertirme…

—Comprendo, señor Harlan… Tengo ahí algo que tal vez sea mejor. Un tocadiscos. A veces me aburro cuando el jefe está ausente y como estudio baile…

Contempló Bing a la chica, reconociendo que no tenía nada que envidiar ni a su secretaria, ni a Seilah.

—No le voy a pedir que baile para mí, sería demasiado. Me basta con que haga ruido con el chisme ese. Y le diré a Jerry, si no se ha fijado bien en usted, que debe fijarse.

La chica sonrió agradecida, respondiendo:

—Sí, señor, gracias…

Volvió ella apresuradamente con el tocadiscos que situó sobre una mesa ratona. Y luego sacó unos discos que mostró a Bing, al cual preguntó:

—¿Qué tal un «twist»?

—Va bien. Hay que tener un sentido progresista y eso es la moda… Y cuando tenga aquí a Jerry, si no se decide, invítelo a bailar…

Había comenzado a sonar el primer «twist» y la chica, de forma instintiva, había hecho ondular su cuerpo graciosamente. Bing recordó a la rubia del autobús, si bien pensó que la secretaria de Jerry estaba mucho mejor. Pero debía dejarla en paz. Era otra cosa muy diferente lo que le interesaba.

Kendall, en el suelo, medio se había incorporado y contemplaba la escena con expresión que reflejaba asombro.

Bing llegó hasta él, lo tomó del pelo, lo hizo levantar y le asestó un duro zurdazo al hígado, que lanzó de nuevo a Kendall al suelo.

El hombre rodó señalando un gesto de dolor en su rostro a la vez que se llevaba ambas manos a la parte tan duramente castigada.

—Eso es para que comprendas que no deseo perder tiempo y que si es necesario, te patearé las tripas, le anunció hablándole en voz bastante alta, cerca del oído.

Lo volvió a levantar asiéndolo del pelo, lo sentó en un butacón y lo amarró a él de manos y pies, para que no pudiera sorprenderle.

—Hay que trabajar sobre seguro.

La chica, cerca del tocadiscos, aunque no quería mirar, no podía evitar sentirse atraída por la dura escena.

—Cuando termine ese «twist», pone otro. O si le divierte más el mismo, lo repite. A mí me basta con el ruido…

—Sí, señor Harlan…

Bing sacó una pequeña navaja automática, la abrió y dirigió la punta al entrecejo del boxeador sobre cuya piel ejerció leve presión, pero suficiente para que él experimentara el daño.

Kendall bizcó terriblemente, tratando de ver el arma que tan de cerca le amenazaba.

—Jamás pensé que fueses tan miserable como para morder la mano que te ha mantenido sobre el «ring» incluso cuando no eras ya más que un pelele…

—¡No me diste más combates! ¡Yo quería luchar! ¡No estaba acabado!

—¿No estabas acabado, imbécil? ¿Has peleado mucho después? Y las dos peleas que hiciste las terminaste besando la lona apenas te tocaron. Dos pobres diablos que ni tenían pegada ni sabían pelear apenas…

Era cierto y Kendall bajó la vista, avergonzado.

—No tienes solución, Kendall. O hablas o te dejaré la piel en la silla eléctrica. Esta mañana has herido gravemente a mí amigo. Hay un asesinato, tres personas secuestradas…

A medida que hablaba, Kendall reflejaba el más vivo terror en su mirada.

—Si hablas, te defenderé. Si logro rescatar a los secuestrados, exigiré un precio y será tu vida; pero si no hablas puede que no llegues a la silla eléctrica. Tal vez te dejes la piel aquí mismo.

Kendall cerró la boca con fuerza, como indicando que no le arrancaría una sola palabra.

Bing aumentó la presión de la navaja y Kendall, cuya piel estaba ya sudorosa, comenzó a sudar en abundancia; apretó luego la boca convulsivamente y realizó un esfuerzo para hacer saltar las ligaduras.

Se le hincharon las venas de las manos sin lograr nada positivo. Brotó una gota de sangre y gritó fuertemente, pero su grito quedó ahogado por la música.

La secretaria de Jerry cerró los ojos y se tapó los oídos.

—Vamos, Kendall, habla o no doy diez centavos por tu piel.

Volvió a gritar de forma estentórea el granuja.

Bing apartó la navaja un momento y le abofeteó a derecha e izquierda.

Abrió los ojos el pugilista y vio que la navaja se acercaba de nuevo a su entrecejo. Y gritó:

—¡Suficiente! ¡Hablaré! ¡Te diré dónde están! Pero aquello se convertirá en una tumba si alguien se acerca… Será una tumba para tu chica y para ese hombre que secuestramos esta mañana.

—Tú vas a procurar que no sea así. Y Rowland, Dan Sommer y el propio Elmer Matews lo procurarán también.

Kendall, realmente asustado, asintió con la cabeza.

—Como verás, están descubiertos todos. La vida les va a resultar imposible. El que logre salir al extranjero, se salvará; pero, ¿a dónde vais a ir los desgraciados como tú, sin dinero?

Kendall asimiló perfectamente la idea de Bing; permaneció un rato en hosco silencio, reflexionando, hasta que dijo:

—De acuerdo. Creo que me conviene ayudarte.

—Piénsalo bien, Kendall. Una traición tuya te costaría la vida. La policía está ya sobre la pista de Matews y todos los demás; yo mismo les proporcioné la pista; pero quiero adelantarme a ellos para sacar con vida a los secuestrados.

El antiguo pugilista señaló un movimiento afirmativo con la cabeza, y respondió:

—De acuerdo. Te doy mi palabra de no traicionarte. Cuando comencé el asunto no sabía que la cosa iba contigo. Luego temí que era un poco tarde para retroceder…

—Estás a tiempo de volver atrás y emprender otra vida. Yo me encargaré de que mi amigo Jerry, al cual heriste esta mañana, te perdone.

Kendall permaneció silencioso durante breves minutos.

Al fin dijo, recordando sus tiempos de Corea:

—Yo entraré antes y prepararé las cosas para que tú puedas entrar por arriba, desde un helicóptero... No veo otra solución. Les diré a ellos, para confiarlos, que te he dejado mal herido, pero que no tuve más remedio que huir sin tiempo a terminar contigo.

—¿En dónde tiene a los secuestrados?

—En Richmond, en un viejo caserón de piedra. El edificio está dividido en dos cuerpos...

A medida que hablaba se iba animando. Bing comprendió pronto que se lo había ganado, que no le traicionaría; y comenzó por despojarlo de las ligaduras que lo aprisionaban al sillón.



Le hizo levantar...

CAPÍTULO X

Kendall, tan pronto salió del despacho de Jerry Paxton, se dirigió al lugar en donde debía estar aguardando el automóvil de sus compinches.

Fue todo lo deprisa que le permitía el castigo que había recibido y jadeando aún criticó a los que le esperaban.

—¡Sí que se puede trabajar con vosotros! Aquí se está muy tranquilo, ¿no?

—Lo nuestro era aguardaros...

—Lo vuestro era aguardarnos... —repitió Kendall en tono irónico—. ¿Y ayudamos si las cosas se ponían mal, eso no? Los otros dos han caído y lo sabéis bien. Y yo tuve que salir por pies antes de que me diesen caza...

—De acuerdo. Ya estás aquí, ¿no? —preguntó uno de los que esperaban.

—Sí, pero no por vuestra ayuda...

—¿No hay que esperar a los otros?

—He dicho que han caído. Hay que llevarles flores si la cosa os divierte.

El que aguardaba se dirigió al que conducía:

—En marcha, muchacho. Ya veremos eso de las flores.

Salieron de Manhattan a Jersey City por uno de los túneles subterráneos, pasando luego a Richmond, no sin asegurarse antes en varias ocasiones de que no eran seguidos.

Marcharon en silencio hasta hallarse en Staten Island, en donde preguntó el chófer a Kendall:

—¿Qué ha sido del fulano ese?

—Está la mar de divertido bailando con la Parca. Me gustaría que lo vieseis...

Minutos después llegaban al viejo caserón de piedra en donde se hallaban los secuestrados.

Se abrieron las puertas de hierro, única entrada en la alta tapia de piedra que rodeaba la casa. Pasó el automóvil al interior y Kendall sintió su cuerpo sacudido por un escalofrío.

Poco después descendía del automóvil, ya en el interior de la casa. Salió a recibirle el propio Ray Rowland, que le miró con expresión inquisitiva captando hasta el último detalle del lamentable estado en que se hallaba el ex pugilista.

—¿Y los otros? —preguntó antes que nada Rowland.

—Supongo que los habrán llevado al hospital Bellevue. ¿No es allí en dónde está el «Mortuary Hall»? —preguntó Kendall con acusada ironía.

Antes de que Rowland se repusiera de la sorpresa que le había

producido la noticia, siguió diciendo:

—¡Menudo par de idiotas! Una tortuga hubiera sido más rápida. Y por la lentitud de ellos he estado a punto de dejarme la piel…

—¿Y Harlan? —preguntó Rowland con marcados signos de irritación.

—No estoy seguro de haber podido terminar con él. Me dejaron solo…

Miró con expresión acusadora a sus otros dos acompañantes y dijo:

—Después del fracaso de los otros, tuve que salir corriendo acosado por Harlan. La gente se puso de su parte, como era natural. Corrimos más que nadie… Volvimos a luchar y le di lo suyo. Antes habíamos quedado desarmados los dos…

Engarfió sus grandes manos que mostró a Rowland. Y prosiguió:

—Creo que lo he matado, pero no puedo asegurarlo. Tuve que correr porque la gente se me echaba encima otra vez… Si cuando hui me hubieran salido al encuentro con el automóvil, ahora estaría la cosa clara.

—Quedamos en aguardar allí —protestó uno de los *gangsters*.

—De acuerdo. Tú debías estar a la vista de lo que sucedía dentro del bar mientras Nick seguía al volante. Pero resultaba más cómodo estar tocándote la barriga dentro del «auto»…

Siguió un silencio hosco.

Antes de que se iniciase una discusión entre Kendall y los otros dos, intervino Rowland.

—Está bien. Nos enteraremos de lo que le haya podido suceder. Vamos, Kendall, convendrá que el «doc» te eche un vistazo.

Se alejó Rowland con Kendall, al cual pidió una vez solos:

—Bien. Suelta ahora lo sucedido.

Kendall comenzó a relatar las cosas tal como habían sucedido, amañando el final de forma que había estudiado con el propio Bing.

* * *

Cuando Rowland entró en el despacho de Elmer Matews, el rostro de este mostraba signos de viva preocupación.

Al ver entrar a su hombre fuerte, como le llamaba, Matews levantó la cabeza.

—¿Qué hay? ¿Han regresado ya esos?

—Sí…

Ante el gesto de Rowland al responder, dijo Matews:

—Fracaso.

—Algo peor. Han caído dos hombres. Harlan, no solamente se ha librado, sino que ha apresado a Kendall. Y este nos ha traicionado.

Matews dio un respingo en la silla y preguntó:

—¿Cómo lo sabes?

—No he visto clara la actitud de Kendall cuando ha regresado y se lo he entregado a Jackson para que lo curase; venía herido…

—¿Y bien?

—Di instrucciones a Jackson, el cual le inyectó pentotal. Y Kendall ha cantado...

—¿Y qué hay...? —preguntó Matews al advertir que el otro no seguía.

—Ha descubierto este lugar a Harlan y se ha comprometido a ayudarle a entrar...

Matews palideció intensamente, poniéndose en pie de un salto.

Rowland sonrió levemente y dijo:

—Tranquilízate. Harlan quiere arrancar vivos a los secuestrados y ha comenzado por no poner la cosa en conocimiento de la policía.

—¿Lo ha dicho Kendall?

—Sí... Ha soltado hasta lo último que han acordado.

—Hay que terminar con ese traidor...

—No te preocupes. No pensarás que lo voy a dejar para simiente... Ahora lo que interesa es prepararle un buen recibimiento a Harlan y ya están tomadas las medidas. Nos vamos a divertir con él, sí, señor...

Rowland, seguro de sí, sonrió con expresión burlona.

Matews, preocupado, preguntó:

—¿Y si a pesar de lo que le ha dicho a Kendall, ha avisado Harlan a la policía?

—No lo ha hecho, seguro. Teme que intervenga y que cuando recobren a los secuestrados sean ya cadáveres.

—Este negocio ha sido un desastre. Se ha perdido mucho de lo que habíamos adelantado.

—Te preocupas demasiado. Vamos a terminarlo, nos largamos, dejaremos que pase algún tiempo y ya nuestros abogados se encargarán de arreglar las cosas. Por momentos peores hemos pasado...

—Tendremos que largarnos de aquí cuanto antes. Y no va a ser fácil trasladar a los secuestrados...

—No será necesario trasladarlos. Wallace tendrá que hablar. He tomado ya mis medidas y te aseguro que hablará. Una vez hayamos terminado con él...

Señaló un gesto queriendo indicar que se le suprimiría.

—¿Y esa chica...?

—Ha visto demasiado. Terminaremos también con ella. Por cierto, Elmer, no me gusta nada la actitud de Leora; pero eso es cosa que debes solucionar tú...

—Nos ha ayudado bien.

—No sabía lo que hacía. Y ahora la veo un poco asustada, bastante desconcertada. Ella ha estado enamorada siempre de Harlan. Ya sabes que fue la causa del enfriamiento entre Logan y el propio Harlan...

Matews se sintió molesto, pero no dijo nada.

—¿Qué dice Donovan? —preguntó al cabo, deseoso de desviar la

conversación.

—Nada. Pero está asustado. Desea terminar cuanto antes...

—Es natural... ¿Cómo se las va a arreglar Harlan para entrar? No es cosa fácil.

—La misión de Kendall sería entretenemos armando bronca. Y Harlan se dejará caer del cielo en un helicóptero...

—¿Un helicóptero? Entonces...

—Lo tenemos claro. No hay por qué asustarse. La gente vigila el aire; Kendall no podrá distraemos y Harlan caerá...

Matews se fue serenando. Se puso en pie y dijo:

—Está bien. ¿Y Dan? ¿No ha regresado aún?

—No. Pero no puede tardar...

—Veamos a Jackson. Supongo que lo has encargado de que Wallace hable.

—Estás en lo cierto. Donovan está a su lado, dispuesto a trabajar tan pronto hable Wallace...

—¿Qué hay de Keith Turpin?

—Está con Donovan y Jackson. El chico quiere su parte cuanto antes y tiene tanto interés como el que más...

Matews sonrió con expresión maliciosa y preguntó:

—Demasiadas partes, ¿no crees?

—Sí; pero si lo suprimimos asustaremos a Donovan y es algo que no conviene...

La última parte de la conversación la mantuvieron los dos hombres mientras se encaminaban al departamento interior en donde se hallaban los secuestrados.

A medida que se acercaban al lugar, iban percibiendo con mayor claridad la música que no cesaba de producir un tocadiscos, para evitar que si alguno de los secuestrados gritaba, pudiesen llegar sus gritos al exterior.

Rowland informó:

—Harlan también empleó el truco de la música para que no se oyesen los gritos de Kendall.

—¿Lo ha dicho él? —preguntó Matews.

—Lo ha contado todo. El «suero de la verdad» hace milagros...

El rostro de Matews reflejó odio cuando dijo con voz bronca, dando la impresión de que las palabras salían mordidas:

—Harlan caerá ante nuestra vista...

—Le pondremos música de «twist». Según le oí decir a Leora es algo que le divierte bastante —dijo Rowland, seguro de fastidiar a Matews al relacionar a Leora con Bing y la música de baile.

Llegaron a una amplia sala dividida en dos. En una de las partes se hallaban el doctor Jackson, el profesor Lyon Donovan que aparecía como

secuestrado y el doctor Wallace.

Este último se hallaba tendido en un diván y daba la impresión de que deliraba; movía los labios como si hablase con alguien, pero su voz resultaba imperceptible. A veces reía de manera infantil.

El profesor Donovan parecía preocupado y se hallaba atento a las reacciones de su colega. En cuanto a Jackson, que había aplicado a Wallace el «suero de la verdad», miraba al científico con expresión que reflejaba viva contrariedad.

Al entrar Matews y Rowland, se reunió al grupo el joven Keith Turpin, compañero de Logan, el cual había sido encargado de portar la otra parte de la fórmula que tanto interesaba a los granujas.

Matews se dirigió al médico, diciéndole:

—Es preciso que este hombre hable, Jackson. Cada hora que permanezcamos aquí sin lograr el resultado apetecido, aumentan nuestras posibilidades de fracaso... Y llevamos arriesgado demasiado en esta jugada.

—Lo comprendo, Matews; pero no puedo hacer más... Debía haber iniciado este tratamiento antes... Y no estoy muy seguro de lograr un resultado positivo. No sería la primera vez que el pentotal falla.

—¿Y si aumentaras la dosis?

—Si quieres que se nos quede entre las manos después de tantos esfuerzos...

—No. Hay que cuidarlo. ¡Y tiene que hablar aunque haya que asarlo a fuego lento!

—En ese caso habremos que aguardar a que se le pasen los efectos del pentotal.

—¿Cómo es posible que el pentotal pueda fallar?

—Sencillamente, el pentotal produce una especie de embriaguez que incita a hablar, a responder de manera irrefrenable a lo que se pregunta, a...

—Comprendo...

—Wallace no habla, y lo que dice, no hay quien lo entienda...

Donovan suspiró y dijo:

—Le he interrogado, le he hablado de la parte de la fórmula que yo conozco para incitarle a completarla, pero no hay medio de arrancarle una palabra.

—¿Cree usted que Logan le entregó la fórmula?

Intervino Turpin para decir:

—Supongo que le darían instrucciones semejantes a las que me dieron a mí. Y eran precisamente esas...

—¿Y si Logan no tuvo tiempo de llegar hasta él? Yo creo que no llegaron a verse. ¿Por qué no le interrogan en ese sentido?

—Le hemos interrogado y tampoco responde...

—¡Es desesperante...!

Turpin dijo:

—Logan era un chico bastante extraño, con un concepto muy personal de las cosas. Puede que guardara la fórmula en el lugar más inverosímil para entregársela a Wallace cuando estuviese este en seguridad. Desde el primer momento dije que había sido una bestialidad matarlo.

—¡Se les fue de las manos a los hombres! Era duro, quiso resistir y…

Guardó silencio Rowland, que era quien había respondido al joven compañero de Logan.

Este se lamentó:

—Total, que he echado mi porvenir por la borda. ¿Y todo para qué? Para nada, por confiar en unos ineptos.

Donovan movió la cabeza afirmativamente, dando la razón al joven, para preguntar después:

—¿Y yo? Todo mi prestigio perdido, mí…

Matews interrumpió bruscamente:

—No se ha perdido nada. Siguen creyendo que han sido secuestrados. Ya los soltaremos en el momento oportuno y podrán hacerse pasar por víctimas.

Rowland se manifestó en tonillo burlón, escalofriante casi:

—Ya saben que de no haberse sometido ustedes, los hubiésemos sometido nosotros. Mírense en el espejo de Jack Logan y del profesor Wallace.

Matews, irritado, se dirigió al médico:

—¡Vamos, Jackson! ¡Hemos de intentarlo otra vez! ¡Ese hombre tiene que hablar! Sin la mitad de la fórmula que él posee, todo se habrá perdido.

—Ya lo sé, no es necesario que lo repitas…

Jackson se dirigió a todos en general.

—Les ruego que guarden silencio. Que no vea más que a Donovan y a mí…

Habló entonces a Wallace en tono persuasivo, diciéndole:

—Vamos, profesor. Debe completar su trabajo con el profesor Donovan. El tiempo apremia, su salud está muy quebrantada… Sería terrible que se perdiese el resultado de tanto trabajo. ¿Me comprende?

Por primera vez habló Wallace con claridad, respondiendo:

—Sí, comprendo… El profesor Lynn Donovan tomará nota de todo. Hizo una seña a Donovan que adelantó ligeramente, hablando también en tono persuasivo para decir:

—Amigo Wallace, soy yo, Lynn Donovan. Puede hablar ya, le aguardo. He de completar la fórmula…

Wallace movió la cabeza afirmativamente y dijo:

—Sí… Tome nota, por favor. Me encuentro mal, muy mal… Estoy…

En los rostros de los que rodeaban a Wallace brilló la más intensa alegría. Al fin iban a lograr la tan deseada fórmula.

Se escuchó un grito femenino, un grito de advertencia y de una pieza próxima llegó corriendo Seilah Logan, la cual gritó:

—¡No hable, profesor Wallace! ¡Está rodeado de traidores y asesinos! ¡No hable…!

Tras ella había salido corriendo un hombre que la aferró del pelo, tirando de él con tal violencia que la derribó al suelo.

Una vez en el suelo se dispuso a golpearla con uno de sus pies.

Se produjo un disparo y antes de que la tocase, el hombre cayó fulminado mientras que los rostros de los que rodeaban a Wallace reflejaban sorpresa e ira.

CAPÍTULO XI

No la sorpresa y la ira, sino el miedo que reflejaron luego, estaban plenamente justificados.

Era Bing Harlan quien había disparado, fulminando al pistolero que se disponía a golpear a Seilah.

Bing Harlan, con una pistola en cada mano, encañonó a los hombres que rodeaban a Wallace.

El joven, seguro de sí, les conminó:

—Levanten las manos poco a poco, sin movimientos brucos, porque no vacilaré en acribillar a quién desobedezca.

El primero en obedecer fue Matews, siguiéndole el doctor Jackson mientras que Donovan y Turpin se miraron sin terminar de comprender lo que sucedía.

Rowland trató de oponer resistencia intentando desenfundar una pistola y Bing hizo fuego.

El jefe de los pistoleros aulló de dolor y, alcanzado en un brazo, giró aparatosamente para terminar en el suelo.

Bing advirtió dirigiéndose a él, si bien la advertencia iba para todos, diciendo:

—No bromeo, Rowland. Voy a intentar cazarlos vivos, pero si resulta imposible, no vacilaré en matarlos...

Silbó admirativamente al profesor Donovan; y exclamó:

—¡Vaya sorpresa! Lynn Donovan formando sociedad con los desechos del hampa... Las máquinas de los periódicos van a crujir al imprimir la noticia.

Dirigió la mirada a Keith Turpin; el joven compañero de Logan retrocedió asustado diciendo:

—¡Yo no tenía idea de que iban a matar a Jack! Aún no hace mucho que recriminaba a Rowland por ello.

—Calla, traidor... —le atajó Bing—. Comprendo que Matews, que Sommer, que Rowland, se comporten como *gangsters* traidores... Es lo suyo. No han hecho otra cosa en su vida y puede que no sepan más. Pero tú y Donovan sois diferentes. Erais de los nuestros, tenéis estudios, se había confiado en vosotros... Pagaréis caro esto.

Seilah, tan asombrada como los hombres, había sido la última en reaccionar, logrando levantarse al fin.

—¡Bing! Casi no puedo creerlo...

—Parece que cuando uno quiere, no hay nada imposible.

Matews, que había permanecido silencioso, observando al joven,

tratando de captar los ruidos que se pudiesen producir en el caserón, llegó al convencimiento de que Bing estaba solo, sin más auxilio que el que le pudiese prestar Seilah, ya que tanto Kendall como Wallace se hallaban totalmente inutilizados.

Pasado el momento de sorpresa, se mostró hiriente al responder a las palabras del joven con una pregunta.

—¿Sí? ¿Por qué no intentas salir? Era difícil entrar, pero se podía lograr. Lo que no conseguirás es salir. Al menos, salir con vida...

—¿Y qué crees que te puede suceder si no salgo yo con vida? Para ese momento tú estarías más muerto que los gorilas que me has ido lanzando.

Se dirigió el joven a Seilah, diciéndole:

—Estamos solos. Pero saldremos. Vas o comenzar por maniatar a esos granujas, uno por uno. Yo te diré cómo lo has de hacer. Cuida siempre de no interponerte entre ellos y mi pistola...

—Sí...

Seilah estaba asustada, pero dispuesta a sacar fuerzas. Y se dispuso a actuar siguiendo las instrucciones que le fue dando Bing.

Matews dijo con expresión burlona, dirigiéndose al profesor Donovan:

—Lo siento por usted y por ese chico, Turpin... Si sale esto a superficie ustedes quedarán por los suelos y sus familias...

Dejó la frase en el aire, a la comprensión de los dos hombres y siguió diciendo:

—Nosotros es diferente. Quien más quien menos es lo mejor de su familia y no comprometemos a nadie. Hasta Jackson, ¿eh, «doc»?

Bing comprendió que Matews trataba de lanzar al joven Turpin a una desesperada acción y actuó de manera sorprendente e inesperada para todos, atacando precisamente al joven Turpin, al cual derribó de un golpe que le aplicó con una de sus pistolas.

Luego advirtió a Matews:

—Vas a cerrar el pico, granuja. Has querido lanzar al muchacho a lo que saliese. Si él caía tú no perdías nada, ¿eh?

Matews se mordió los labios al ver fracasados sus propósitos.

—Primero encárgate de ese joven, Seilah. Trátalo bien. Era compañero de Jack y lo traicionó, entregándolo a estas bestias inmundas.

Seilah actuó silenciosa, tratando a Turpin sin contemplaciones hasta dejarlo totalmente inutilizado.

Bing señaló para Rowland, cuyo brazo derecho había sido herido por el balazo, que le había roto el húmero.

—Ahora a ese chico. No te fíes de él a pesar de su herida. Pasa por detrás y desármalo.

Bing varió de posición para tener bien a tiro al peligroso Rowland, hasta que Seilah lo inutilizase totalmente.

Al comprender que por el momento no tenía solución, masculló:

—Balearé a todos esos imbéciles. Dejarse sorprender después que les advertí lo que había...

Bing manifestó en tonillo burlón:

—No debes enfadarte con esos pobres diablos. Ellos no tienen la culpa. Imaginé que Kendall no podría engañaros y en lugar de entrar por el aire como habíamos planeado, convencí a Sommer para que me entrase él...

Matews cambió con su segundo una mirada que reflejaba alarma. Y Bing, sin dejar de atender los movimientos de los granujas, tratando de adivinar sus intenciones, siguió diciendo con marcada ironía:

—Lo aguardé y me reuní con él cuando salía de determinado nido de espías y lo convencí para que me trajese sin despertar sospechas. Él es muy diplomático, comprendió que tenía la partida perdida y aceptó. Sabe bien que si ayuda a la justicia, saldrá mejor librado...

Matews volvió a morderse los labios y dio la impresión de que iba a saltar.

Bing volvió a actuar de manera desconcertante para los granujas, pasando al ataque inesperadamente.

Y fue Matews quien sintió los efectos del fulminante ataque al recibir un golpe en los músculos del cuello, golpe que lo derribó sin sentido.

Rowland intentó aprovechar el momento para zafarse de Seilah interponiéndola como escudo, pero la atractiva pelirroja actuó con decisión ejerciendo una dolorosa presión en el brazo herido del granuja, el cual estuvo a punto de desmayarse.

La acción de Seilah libró a Rowland de ser golpeado por el propio Bing, quien se sintió aliviado al ver vencidos a lo más peligrosos de sus enemigos.

Seilah anunció:

—Este ya está arreglado.

—Ocúpate ahora de Matews.

—¿Qué vamos a hacer con ellos?

—No te preocupes...

El tocadiscos que tenían puesto los granujas para que no salieran gritos al exterior, era automático y las piezas, con ritmo de «twist», se iban sucediendo unas a otras, hasta llegar a repetirse.

Rowland, al cual la herida le producía cada vez más dolor gritó perdiendo los nervios:

—¡Paren la música! ¡Cierren ese aparato!

Bing fingió asombro al preguntar:

—¿Cómo, no te gusta? A Logan lo asesinasteis mientras sonaba un «twist», lo recuerdo perfectamente. Es un ritmo que le gusta a la muerte, el que te conviene a ti...

Seilah amarró fuertemente a Matews.

—A ese, fuerte, sin compasión. Es el peor de todos...

—No creas que le he tenido compasión —respondió Seilah, comprobado que las ligaduras estaban fuertes y seguras.

—Da más volumen a la música, Seilah —indicó Bing.

—Vamos a divertirnos, ¿no? —preguntó ella animosamente.

—Sí...

Rowland, que comenzaba a ser presa de la fiebre, perdidos los nervios, gritó desesperadamente:

—¡Rompa ese cacharro o no respondo de mí! ¡Muchachos, a mí! ¡Muchachos!

Alargó la última sílaba, gritando hasta enronquecer.

Bing se dirigió a él:

—No te molestes, no es fácil que te oigan. Dejé inutilizados a los que encontré en este cuerpo de edificio. Los otros están demasiado preocupados esperándome por el aire...

Seilah hizo aumentar el volumen de la música que llegó a resultar casi irresistible.

Bing indicó a la linda pelirroja:

—Toma una de esas pistolas. Te encargarás de llevar a los tres que van amarrados. Te cubrirás con ellos...

—Sí...

—Si alguno se resiste lo dejaré tendido con una pierna rota y ya lo recogerá la policía más tarde...

—De acuerdo...

Se dirigió el joven a Jackson y a Donovan:

—Ustedes cargarán con el profesor Wallace. Lo llevarán con el mayor cuidado. Si le sucediese algo no doy dos centavos por la piel de ninguno de los dos.

El joven desarmó a Jackson y se aseguró de que Donovan no llevaba arma alguna.

Obligó a levantarse a Turpin y a Matews, al cual se le habían pasado ya los efectos del golpe.

Explicó:

—Vamos a salir de aquí. Tengo preparados dos automóviles en los cuales nos distribuiremos... Tú conducirás uno, Seilah...

—¿Con estos tres?

—Justo, con esos tres que van amarrados...

—¿Y tú vas a ir con esos dos, sueltos?

—Por el momento no hay otra solución... En marcha. Al que se ponga tonto le romperé un hueso. Usted me entiende, ¿verdad, Jackson?

—Sí, le entiendo bien. No es necesario que repita tanto...

—Ya lo veremos...

Rowland trató de resistirse a marchar pretextando que no podía moverse a causa de la herida, pero Bing lo hizo levantar de un puntapié.

Se disponían a salir cuando se oyó un grito femenino advirtiendo:

—¡Cuidado, Bing!

El joven había reconocido la voz de Leora. Afortunadamente, había visto que se proyectaba una sombra desde una ventana alta y en el mismo momento en que Leora gritaba, se arrojó al suelo.

Percibió el silbar de una ráfaga de proyectiles que rebotaron en el pavimento.

Uno de los rebotes hirió a Matews en una mejilla.

Bing se revolvió como un rayo e hizo fuego desde el suelo. El hombre que había disparado cayó rodando por la escalera que conducía a la sala, dejando escapar la metralleta con la que había disparado.

Matews dirigió una mirada de reconcentrado odio a Leora, a la cual dijo:

—¿Crees que por eso te vas a salvar? ¡Eres tan culpable como cualquiera de nosotros!

—¡No me importa! Me engañasteis y no me importará salir condenada con tal de que os tuesten a todos en la silla eléctrica.

Rowland rio de manera burlona, hiriente. Y dijo al fin:

—¿No te advertí? Las cosas salen siempre… Y Leora está locamente enamorada de Harlan. No hay que negar que el chico vale bastante más que tú, Elmer…

Tras breve pausa, siguió diciendo:

—Leora está arrepentida, te lo dije. Y no vacila en echar a su amor en brazos de la linda pelirroja con tal de salvarlo a él y de salvarse ella. No hay quien entienda a las mujeres…

—Es inútil que viertas veneno, Ray. Sé bien lo que debo hacer y lo haré —respondió Leora.

Se dirigió la sugestiva morena a Bing:

—Estoy a tu lado, Bing te ayudaré…

—Gracias, Leora…

Matews, furioso, manifestó:

—¡No creáis que vais a poder salir de aquí! Queda demasiada gente que os lo impedirá…

—Vas a aprender un poco tarde que las mujeres como Leora no sirven más que para divertirse uno un rato con ellas. Si las quieres emplear en otra cosa, terminan siempre por fastidiarte —dijo Rowland con filosófica resignación.

—Aún no hemos perdido la partida —aseguró Matews.

—En marcha y a cerrar el pico —ordenó Bing.

CAPÍTULO XII

Leora tomó un arma y se puso en cabeza, diciendo con decisión:

—Seguidme…

—¿Y Kendall? —preguntó Bing a Leora.

—Pasaremos por dónde está él. Si no puede valerse por sí mismo, lo llevaré yo.

A un gesto de Seilah, que les amenazaba con una pistola, salieron Matews, Rowland y Turpin detrás de Leora, situándose la atractiva pelirroja inmediatamente detrás de ellos.

Jackson gruñó:

—No respondo de lo que le pueda suceder a Wallace si lo sacamos en estas condiciones.

—Tendrá que responder aunque no quiera, Jackson. Adelante con él o le dejo tendido aquí de un tiro. A usted no lo necesito.

Donovan se había sometido y tomó con cuidado a Wallace, diciendo a Jackson:

—Vamos, doctor. Hay que saber perder… Wallace no merecía esto. Y si llego a saber que iban a matar a Logan, no me hubiera prestado al juego.

Jackson hubo de someterse, ayudando a Donovan a llevar a Wallace.

En una pieza contigua por la que les condujo Leora, se hallaba Kendall, el cual se había ido recobrando, aunque no se daba cabal cuenta de lo sucedido.

Estaba amarrado y Leora cortó las ligaduras. Bing se dirigió a él, diciéndole:

—¡Adelante, Kendall! ¡Despierta de una vez!… Toma un arma y vamos…

Kendall se tambaleó en los primeros pasos, pero empuñó el arma con firmeza, diciendo:

—Maldito Jackson, me pagará la sucia jugada que me ha hecho…

—Jackson pagará muchas jugadas, Kendall. Ahora, adelante. No será fácil salir de aquí.

Kendall se situó en condiciones de proteger uno de los flancos de Seilah, mientras el otro flanco lo protegía Bing, quien se preocupaba a la vez del grupo en que formaba Wallace.

Atravesaron un corto pasillo, que formaba un recodo, subieron unas escaleras y recorrieron otro pasillo bastante largo al final del cual se encontraron con un amplio patio el cual debían atravesar para llegar hasta donde estaban los automóviles.

Leora dijo:

—Yo iré delante y pondré los automóviles en marcha. Kendall que vaya con la chica y yo iré contigo, Bing.

—«Okey». Adelante.

Antes de salir, Leora preguntó:

—¿Y Dan Sommer?

—Lo dejé hecho un ovillo y bien enfardado en su propio automóvil. No podrá hacer daño —respondió Bing.

Leora escondió el arma y cruzó el patio con paso normal, mostrando un gran dominio de sus nervios. Bing, con la pistola dispuesta, vigilaba dispuesto a protegerla si surgía algún incidente.

Dominando las alturas de los dos cuerpos del edificio, con las armas dispuestas, atentos a lo que pudiese llegar por el aire, se veían algunos pistoleros.

A pesar de las seguridades que Rowland les había dado, se les advertía intranquilos, desconcertados.

Entre los que se hallaban apostados aguardando la llegada del helicóptero anunciado, reconoció Bing a Tim «el Silencioso», a Mac Laglen «el Pecas», a Leslie «el Tortuga» y a Pat «el Irlandés».

Jackson abrió la boca para avisar a los pistoleros; pero el vigilante Bing atacó con rapidez, descargándole un golpe en la boca, con la pistola, evitando que el grito se pudiese producir.

Intentó Jackson dejarse caer al suelo, pero Bing lo aferró del cuello y lo obligó a mantenerse en pie, mientras Kendall le atacaba con un doloroso golpe al puente de la nariz.

Sangrando abundantemente, medio aturdido, Jackson hubo de mantenerse inmóvil.

Kendall ocupó entonces el puesto del médico para llevar a Wallace.

Bing anunció al médico:

—Otra estupidez como esa y lo dejo aquí en condiciones de que lo lleven al «Mortuary Hall».

Leora, en tanto, después de atravesar el patio, penetró en el cobertizo, al fondo del cual estaban los dos automóviles.

Corría el riesgo de ser descubierta y que sospechasen sus intenciones, a pesar de lo cual actuó con gran seguridad. Primero uno, luego el otro, puso en marcha los dos automóviles.

Quedaba por abrir la puerta de hierro, en la cual había un hombre armado. Leora, desde el cobertizo hizo seña a Bing, indicándole que debían aguardar.

Salió del cobertizo en dirección a la puerta de hierro. Por unos momentos perdieron a la mujer de vista. La volvieron a ver cuando ya ella se hallaba cerca de la puerta y mantenía encañonado al guardián de la misma.

Intentó resistir el hombre y Leora le golpeó duramente con el arma,

derribándolo.

Lo despojó rápidamente de las llaves y se apresuró a abrir. Pero la violencia había sido descubierta por los vigilantes que se hallaban dominando las alturas y uno de ellos gritó:

—¡Cuidado, traición!

Hizo Leora seña a sus amigos para que apresurasen y se apresuró a abrir la puerta, dejándola franca a los vehículos.

Se inició el movimiento de los pistoleros que comenzaron a disparar contra la mujer, la cual salió rápida para refugiarse en el saliente de piedra de la salida.

Y desde allí hizo fuego para atraer sobre ella la atención de los pistoleros y permitir que sus amigos se moviesen con mayor libertad.

Bing ordeñó a Kendall y Donovan:

—¡Adelante con Wallace! ¡Les protejo!

No necesitaron los hombres que se les repitiera la orden y salieron veloces, sorprendiendo a los pistoleros que intentaron contener la huida haciendo fuego sobre ellos.

Asomó Bing entonces y disparó, alcanzando a Pat, «el Irlandés», quien, dando una aparatosa voltereta, cayó al patio, muerto.

Empujó Bing a Jackson, gritando:

—¡Adelante, Jackson! ¡Vivo, o termino con usted!

El médico corrió como enloquecido al sentir que los pistoleros tiraban contra él, no alcanzándole con sus proyectiles por verdadero milagro. La aparición de Jackson, atrayendo sobre él la atención de los granujas, había permitido a Kendall y Donovan llegar con Wallace hasta el automóvil, el cual por el momento quedaba a cubierto del fuego de los pistoleros.

Kendall se parapetó bien, e inició fuego contra los que habían sido sus compinches.

Bing indicó a Seilah:

—Colócate en medio de Matews y de Rowland. El joven Turpin se colocará a tu espalda, cubriéndote. Ya que ha sido cómplice del asesinato de tu hermano, que te defienda con su cuerpo…

Turpin protestó:

—¡Yo no podía imaginar que matasen a Jack! ¡Ni Donovan ni yo queríamos que hubiesen muertes!

—Está bien, muchacho, adelante. Si saca la piel bien de este asunto, ya lo discutiremos.

—¡Desáteme y deme un arma! ¡Le aseguro que no le traicionaré!

Bing tuvo una corazonada y actuó rápido, desatando a Turpin, al cual entregó un arma.

—Adelante. Confío en su hombría.

Rowland gritó:

—¡Es tu ocasión, Turpin! ¡Mucho dinero y libertad!

Turpin hizo como que no había oído y, tras colocar a Seilah entre los dos granujas, dijo a estos:

—Adelante, a buen paso. Al que intente la jugada, lo acribillo a balazos.

Kendall había aniquilado a otro de los *gangsters,* a los cuales iba cerrando las salidas con sus certeros disparos.

Turpin empujó con ambas manos a los dos granujas, diciendo:

—¡Adelante! ¡Vivo!

Hizo caminar a Seilah en el lugar asignado y pegó materialmente su espalda a la de ella, comenzando a disparar con vertiginosa rapidez y certera puntería, demostrando que no en vano había sido preparado en la escuela del F.B.I.

Bing disparó a su vez, combinando sus disparos con los que hacían Leora, Kendall y el propio Turpin.

Los *gangsters* disparaban también en un titánico esfuerzo por evitar que se llevasen a sus jefes, pero tenían en su contra que debían cuidar de no herirlos.

Turpin resultó alcanzado por un balazo, a pesar de lo cual siguió adelante, disparando y protegiendo a Seilah con su cuerpo.

Bing respiró con sensación de alivio al advertir que llegaban al cobertizo y que la linda pelirroja se ponía al volante de uno de los automóviles mientras Turpin se unía a Kendall para proteger la huida de Bing.

La agresividad de los pistoleros había cedido. Bing se dispuso a correr para reunirse a sus compañeros cuando tuvo un presentimiento y se arrojó al suelo con prodigiosa rapidez.

En el mismo instante llegaba a sus oídos un ruido que se producía a sus espaldas y apenas había entrado en contacto con el suelo, percibió el silbar de una rociada de balas que le pasaba por encima.

Giró rápido una vez en el suelo y disparó. Un hombre, tocado en una pierna, salió volteado, a tiempo que lanzaba una exclamación de sorpresa y de dolor.

Siguió disparando, cruzándose sus disparos con los de su otro enemigo, que cayó fulminado mientras él percibía el escozor que le producía el roce de un proyectil.

Apenas hubo terminado con el segundo enemigo, hizo seña a Kendall y Turpin para que protegiesen su salida.

Y salió corriendo velozmente, sin preocuparse de disparar.

Su aparición fue recibida por una serie de ráfagas de los pistoleros que proseguían apostados en los altos y que realizaban un desesperado esfuerzo por imponerse.

Corrió Bing trazando agudos movimientos en zigzag sintiendo que los proyectiles picaban en el piso en torno a sus pies.

Un *gangster* que adelantó excesivamente tratando de darle caza, fue alcanzado por un disparo de Turpin y tras señalar una trágica pirueta en el aire fue a estrellarse contra las losas del patio.

Bing, sangrando por algunas heridas superficiales, llegó al fin a reunirse con sus amigos.

—¡A los autos!

Se distribuyeron tal como habían acordado, situándose Seilah al volante de uno de los coches, haciendo lo propio Bing en el otro.

Debía atravesar una zona batida. Leora les hizo comprender que debían apresurarse, ya que apenas si le quedaban proyectiles.

Seilah lanzó su coche a toda velocidad mientras Turpin y Kendall disparaban para obligar a los pistoleros a permanecer ocultos impidiéndoles precisar puntería.

Salió el automóvil en medio de una lluvia impresionante de proyectiles, pero sin que ninguno hiciese blanco en el automóvil ni sus ocupantes.

Kendall y Turpin saltaron del vehículo una vez que este hubo rebasado la tapia, quedando fuera de tiro, y se apostaron convenientemente para proteger la salida de Bing.

Este lanzó su vehículo. Cerca ya de la puerta, uno de los proyectiles le alcanzó en una de las ruedas traseras, que reventó con estruendo, estando a punto de volcar el coche.

Bing esperaba algo semejante y maniobró con gran serenidad, logrando sacar fuera el automóvil, que giró de manera vertiginosa, evitando el vuelco tras la peligrosa maniobra al quedar pegado a la tapia.

Se oyeron en la lejanía las sirenas de los coches policiales que se acercaban velozmente.

Al oírlas cesó el tiroteo por parte de los *gangsters,* los cuales no pensaron ya más que en la huida.

Bing se dirigió a Keith Turpin:

—Nos ha ayudado, Turpin. Yo no pertenezco a la policía y, por tanto, no tengo obligación de detenerlo. Puede irse. Usted también, profesor Donovan.

El científico miró a Turpin, sin saber qué decir, pasando luego su mirada a Bing, cuya generosidad no esperaba.

Turpin respondió:

—Gracias, Harlan. Es usted muy generoso. Pocos hubiesen depositado su confianza en un traidor y menos aún le darían ahora la ocasión de huir. Pero ni quiero ser un fugitivo toda mi vida, ni creo que debo eludir el castigo que me corresponda por mí acción. Me quedo.

—Tal vez sea lo mejor… ¿Y usted, profesor?

—Me quedo también —respondió Donovan.

—¿Leora, Kendall…? —preguntó Bing.

—Me quedo —respondió ella.

—Yo también me quedo —dijo Kendall—. Cuando termine con la justicia, iré por el empleo que me ofreciste, si es que me lo reservas.

—De mejor gana que nunca, Kendall…

—¡Pues vamos a darnos prisa, que no escape uno solo de esos granujas! —gritó Kendall—. ¡Vamos, Turpin! ¡Adelante, Harlan!

Seilah les animó, diciendo:

—Leora y yo nos bastamos para guardar a estos aquí.

Los hombres se distribuyeron con rapidez, guardando los ángulos traseros de la finca y cuando los *gangsters* intentaron salir escalando la tapia, los fueron capturando uno a uno.

Los coches policiales estaban ya a la vista y Bing, que quedaba más próximo a ellos, les salió al encuentro para indicarles que podían adelantar sin cuidado alguno.

Del primer coche saltaron el capitán Carter y Mark Ferguson, el auxiliar de Jerry encargado de la vigilancia de Dan Sommer, y que había puesto a Bing sobre la pista de este, permitiéndole con ello llegar hasta la guarida de los granujas.

Bing, sonriente, se adelantó a decir:

—¡Ya está todo claro, capitán!

—No me diga que ha salvado a los secuestrados usted solo…

—Bien, yo solo, lo que se dice solo, no los he salvado. He sabido ganarme unos estupendos auxiliares, para los cuales pido las mayores consideraciones…

—¿Quiere decir…?

—Hay tantas cosas que decir, capitán, que lo mejor ahora es callar. Y procure no sorprenderse demasiado…

La casa que había servido de guarida a los *gangsters,* fue rodeada y aún fueron detenidos algunos hombres que se habían escondido en ella.

La gran sorpresa del capitán Carter llegó cuando supo que el profesor Donovan y Keith Turpin, el correo que compartía la fórmula con Jack Logan, eran culpables.

Donovan explicó:

—Yo vivía un momento de apuro y me tentó la codicia. Sommer, por una parte, y Matews, por otra, no me dejaban en paz. Ellos se habían puesto de acuerdo con Turpin y me convencieron para simular que tanto uno como otro habíamos sido secuestrados… Nos hubiésemos presentado como víctimas…

Suspiró y añadió:

—Cuando se planea una cosa así, todo parece fácil; tiene uno la impresión de que no puede fallar nada, pero apenas te metes en ello comienzan a surgir los inconvenientes…

—¿Y por qué no se retiraron cuando aún era tiempo?

—No era tiempo ya, estábamos comprometidos… Cuando pensé

abandonar fue cuando me enteré de que habían asesinado a Logan; pero entonces estábamos secuestrados en realidad…

—¿Por qué lo asesinaron? Una muerte inútil que les ha hecho perder la partida…

—Logan parece que desconfiaba y apenas llegó, sin dejarse ver, se puso en contacto con Wallace, al cual entregó su depósito. Nosotros no sabíamos con quién tenía que enlazar él y por eso Matews lo cazó. Parece que se negó a decir quién tenía la parte que había traído. Pensaron que la tenía él y no la quería entregar y lo mataron deliberadamente, según nos pudimos enterar luego, tratando de hacer pagar a Harlan su muerte para desviar la atención del verdadero motivo de la misma.

—¿Y cómo supieron que era el profesor Wallace el elegido para recibir la otra parte?

—Simple deducción que se vio confirmada con la noticia de su llegada de paso para Washington —manifestó Donovan.

Carter estrechó la mano de Bing, diciéndole:

—Es una lástima que no entre usted a formar parte de la policía.

—Lo mío da más dinero, capitán. Pero si alguna vez me necesitan, ya saben dónde me tienen.

Seilah intervino para decir:

—Si alguna vez lo necesitan, lo dejarán tranquilo. No quiero que se meta en líos. Bastante ha habido con la muerte de mi hermano.

El profesor Wallace se fue con la escolta de la policía, la cual tuvo que pedir vehículos para llevarse a los detenidos.

Y los dos jóvenes, Seilah y Bing, emprendieron sin prisa el regreso a Manhattan.

—¿Qué te parece si nos casamos hoy mismo? Te has quedado demasiado sola y… —propuso Bing.

—¿Tú qué responderías si estuvieses en mí caso? —preguntó la atractiva pelirroja.

—Me haría de rogar un poco, para terminar diciendo que sí…

—Pues yo comenzaré por decirte que sí, por si acaso. Eres demasiado escurridizo. Hace bastante tiempo que esperaba llegase este momento y no es cosa de dejarlo escapar…

Aquel mismo día atraparon a la rubia que había conducido a Bing a la celada. Era la amiga de Ray Rowland.

Faltó poco para que Seilah la arañase.

FIN

FIRMAS QUE REPRESENTAN A

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

EN LOS PAISES QUE SE CITAN

REPUBLICA ARGENTINA: Editorial Bruguera Argentina SAFIC, Hipólito Yrigoyen, 646/50 - BUENOS AIRES.

BOLIVIA: Alfonso Tejerina Cortez, Comercio, 1073 - LA PAZ.

COLOMBIA: Editorial Bruguera Colombiana, Ltda. Calle 18, número 8-64 - BOGOTA.

COSTA RICA: Carlos Valerín Sáenz y Co. Ltda. - Apartado 1.924 - SAN JOSE.

CHILE: Distribuidora Rutas, Ltda. - Galería Imperio, 255-B SANTIAGO.

DOMINICANA: Librería Amengual - El Conde, 40 - SANTO DOMINGO.

ECUADOR: Librería Selecciones, S. A. Benalcázar, 543 y Sucre - QUITO. Librería Selecciones, S. A. - Aguirre, 717 y Boyacá - GUAYAQUIL.

GUATEMALA: Gilberto Morales - 12 Calle número 5-42 GUATEMALA.

MEXICO: Editorial Iztaccihuatl, S. A. - Avda. Uruguay, 17 MEXICO.

PANAMA: Servicio Continental de Publicaciones, 29 Este número 5-51 - PANAMA.

PARAGUAY: Adolfo N. Buzó - Estrella, 380 - ASUNCION.

PERU: "Iris, S. A." Egón Rosenfeld - Jirón Moquegüa, 336 LIMA.

PUERTO RICO: Matías Photo Shop - 200 Fortaleza St. - SAN JUAN. (Para bolsilibros).

SALVADOR: Abelardo García Gandía - 2.ª Avda. Sur, 520 Edificio Modelo. Apartamientos 204-205 - SAN SALVADOR.

URUGUAY: Domínguez y Espert e hijos - Paraguay, 1.485 MONTEVIDEO.

VENEZUELA: Distribuidora Continental, S. A. - Ferrenquín a la Cruz, 178 - CARACAS.



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)
PRECIO EN ESPAÑA 8 ptas. • Impreso en España - Printed in Spain